

EL VIAJERO QUE VINO DEL INFINITO

Clark Carrados

CIENCIA FICCION



EL VIAJERO QUE VINO DEL INFINITO

Clark Carrados

CIENCIA FICCION


La conquista del
ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS

EN ESTA COLECCIÓN

1. — *El investigador,* Rocco Sarto.
2. — *Los hijos de Selene,* Ralph Barby.
3. — *El planeta de los hombres-toro,* Joseph Berna.
4. — *La invasión de los nictálopes,* Kelltom Mclntire.
5. — *Microinvasión,* Law Space.

CLARK
CARRADOS

EL VIAJERO

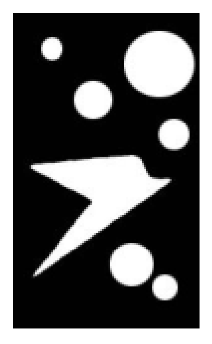
QUE VINO

DEL INFINITO

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 700

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA. S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 40.282 1983

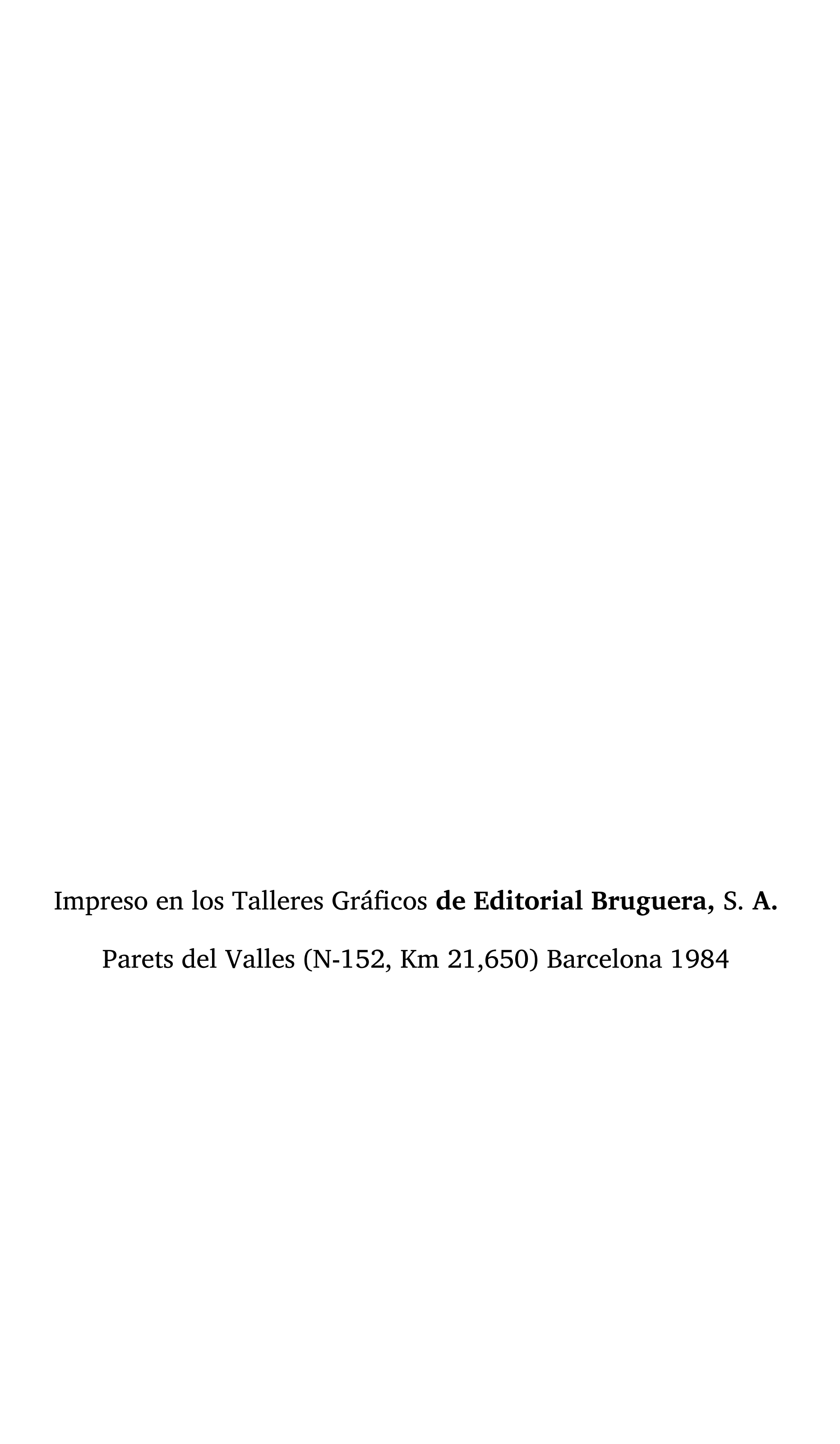
Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición en España: enero, 1984

1.a edición en América: julio, 1984

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S. A. Camps y Fabrés, 5. Barcelona (España)



Impreso en los Talleres Gráficos **de Editorial Bruguera,** S. **A.**

Parets del Valles (N-152, Km 21,650) Barcelona 1984

CAPÍTULO PRIMERO

Canturreando alegremente una cancioncilla entre dientes, Jack Kyffer contemplaba el monótono paisaje marciano desde la confortable seguridad de la cabina de su vehículo, un todo terreno de cuatro enormes ruedas balón, con cabina estanca y climatizada, que le permitía incluso viajar en mangas de camisa, en una temperatura de 25 °C, mientras que en el exterior el termómetro marcaba no menos de -95 °C.

El vehículo disponía incluso de un compartimiento con dos literas y un pequeño aseo para viajes largos, provisto de todo lo necesario, incluida una despensa con un repuesto de víveres y agua. En esta ocasión, sin embargo, la distancia que debía cubrir Kyffer no era superior a los trescientos kilómetros.

El suelo era relativamente llano y, además, había sido alisado durante años de trabajo, a fin de permitir una mayor facilidad de comunicaciones entre los distintos establecimientos de la zona. Kyffer disponía también de un aeromóvil, pero no solía utilizarlo sino en casos extremos.

Ordinariamente usaba el automóvil, movido por una pequeña pero potente batería solar, autorrecargable, la duración de cuyo suministro de energía resultaba prácticamente ilimitada. Una batería secundaria proporcionaba lo necesario para la renovación del aire respirable, calefacción y luces interiores, así como los motores que accionaban las dos compuertas de la esclusa que permitía el acceso al interior del vehículo.

Kyffer sentíase razonablemente contento. Era agricultor en Marte y la cosecha se presentaba óptima, aparte de que hacía algunos años había iniciado un experimento que prometía dar buenos resultados. Ya había obtenido fruto el año anterior y las perspectivas para el futuro parecían inmejorables.

Kyffer se sentía feliz, aunque en su vida había un pequeño lunar: vivía solo.

Algún día tendría que casarse, pensaba en más de una ocasión. Sólo que hasta el momento no había encontrado la mujer apropiada y

dudaba mucho de conseguirlo, dada la relativa soledad en que vivía.

Sin embargo, no desesperaba. Era joven y propenso a mirar el futuro con tranquilidad. Por el momento era un tema que no le preocupaba demasiado.

Ahora pasaría un par de días en Terraport. Tenía que hacer algunas gestiones y también procuraría divertirse un poco, ya que conocía el lugar ideal para ello. La vida siempre tenía motivos de satisfacción, pensó alegremente.

De pronto vio algo que le hizo dudar de la integridad de sus sentidos.

El camino, aunque lógicamente no asfaltado, se había construido a base de pasar potentes máquinas niveladoras por el suelo marciano. Luego, a fin de evitar despistes de los viajeros, se habían colocado pequeños hitos reflectantes a ambos lados y a trechos de cien metros. Kyffer se sentía pasmado porque estaba viendo algo completamente nuevo, algo que nadie, estaba seguro, había visto hasta entonces y que, si en la Tierra podía ser usual, en Marte era absolutamente inexplicable.

Había un viajero junto al borde del camino, haciéndole señas de que se detuviera.

* * *

Repuesto, pero sólo en parte, de la sorpresa, Kyffer quitó el pie del acelerador y aplicó el freno suavemente. El asombro que sentía era motivado porque el hombre, aunque equipado con ropas de abrigo, no llevaba mascarilla respiratoria o, como la inmensa mayoría, traje de vacío.

El hombre sonreía y parecía moverse en un ambiente hostil —con una atmósfera cuya presión era inferior a la del Everest en su cumbre— como el pez en el agua. Kyffer se preguntó si soñaba, pero estaba despierto, y además hacía veinticuatro horas al menos que había tomado el último trago. Por tanto, lo que estaba viendo era la pura realidad.

El vehículo se detuvo al fin. Kyffer abrió la compuerta externa y

el sujeto penetró en la esclusa. Era un hombre alto, de cabellos muy claros y ojos que parecían de felino, con pupilas casi amarillas. La piel era blanca, pálida, y parecía como si no tuviera sangre en las venas, aunque ello no era obstáculo para que ofreciera el aspecto de un hombre perfectamente saludable.

Cerrada la compuerta externa, Kyffer envió aire a la esclusa. Cuando se hubo restablecido la presión normal, abrió la compuerta interna.

—Pase, amigo —invitó.

El vehículo disponía de cuatro cómodos asientos, en dos filas. El desconocido se sentó detrás y a la derecha del joven.

—Me llamo Jack Kyffer, señor —dijo éste.

—Sendryk —contestó el extraño individuo que podía vivir en el exterior sin morir asfixiado a los pocos momentos—. Celebro conocerle, Jack. Puede llamarme simplemente Sendryk.

—Gracias. Me dirijo a Terraport. En el camino hay algunos pequeños poblados y granjas aisladas. ¿Se dirige a alguno de estos lugares?

—No, voy a Terraport.

—Muy bien, Sendryk.

—Jack, es usted muy amable al llevarme hasta la capital de esta región.

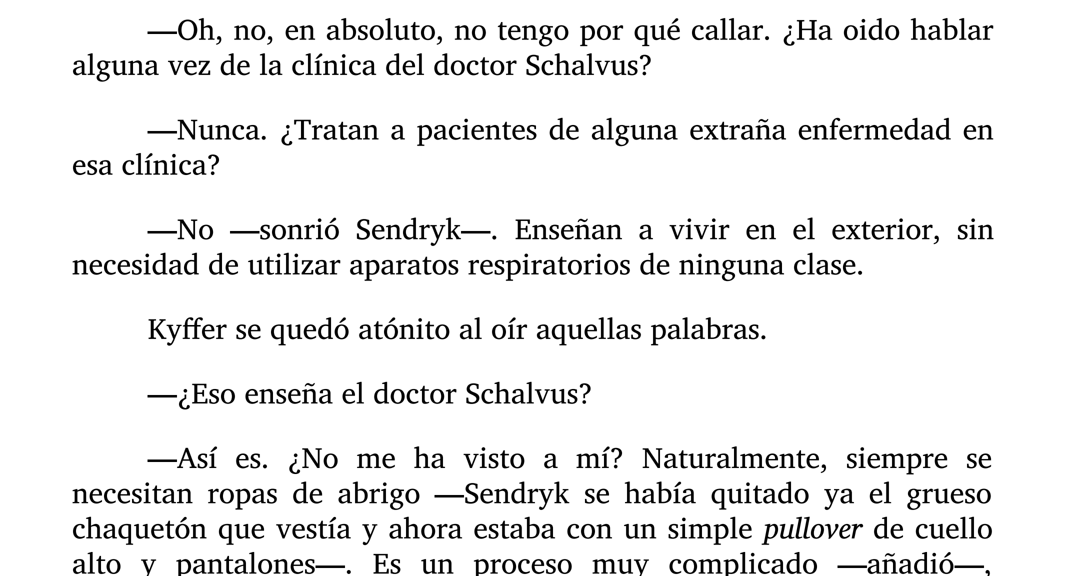
—Era mi deber. No podía dejar a un viajero que cubriese a pie los ciento cincuenta kilómetros que nos faltan para llegar a destino.

—Gracias, Jack. Ahora voy a hacerle una pregunta, si me lo permite.

—Por supuesto. Lo que guste, Sendryk.

—Me ha visto en el exterior, sin escafandra ni traje de vacío y, no cabe duda, le ha extrañado. Apostaría algo bueno a que está ansioso por saber cómo lo he conseguido.

—Siento una moderada curiosidad por el caso —rió Kyffer—. Pero si no quiere divulgar su secreto…



—Oh, no, en absoluto, no tengo por qué callar. ¿Ha oido hablar alguna vez de la clínica del doctor Schalvus?

—Nunca. ¿Tratan a pacientes de alguna extraña enfermedad en esa clínica?

—No —sonrió Sendryk—. Enseñan a vivir en el exterior, sin necesidad de utilizar aparatos respiratorios de ninguna clase.

Kyffer se quedó atónito al oír aquellas palabras.

—¿Eso enseña el doctor Schalvus?

—Así es. ¿No me ha visto a mí? Naturalmente, siempre se necesitan ropas de abrigo —Sendryk se había quitado ya el grueso chaquetón que vestía y ahora estaba con un simple *pullover* de cuello alto y pantalones—. Es un proceso muy complicado —añadió—, bastante largo y no todos pueden completar el curso con éxito. Está basado en lo que podríamos llamar autooxigenación del organismo humano, aunque desde luego sólo se puede realizar en lugares en donde exista una atmosfera con un mínimo de oxígeno. En el vacío absoluto, como puede imaginarse, no daría resultado.

—Me confieso pasmado —dijo el joven—. Nunca había oído nada semejante, se lo juro.

Sendryk se echó a reír.

—Jack, no soy médico, pero estoy seguro de que si usted quisiera, podría recibir ese entrenamiento y se movería por el exterior de Marte con la misma facilidad que lo hace bajo los lugares protegidos por cúpulas.

—No lo dudo —contestó Kyffer—, pero me temo que eso no me serviría de nada.

—¿Por qué? —se extrañó Sendryk.

—Mis... colaboradores no pueden recibir ese entrenamiento. Necesitan, como mínimo, una presión equivalente a la que existe en la Tierra a dos mil quinientos metros de altitud.

—¿Colaboradores? ¿Animales?

—Plantas, Sendryk.

—No entiendo...

—Soy agricultor. Cultivo, bajo cúpulas, claro, trigo, hortalizas y algunas frutas. Y ademas —añadió el joven orgullosámente—, soy el primer hombre que ha conseguido elaborar vino en Marte.

—¿Vino? —se asombró Sendryk—. ¿Qué es eso?

—¿Es que no lo sabe? Yo cultivo un vegetal que da unos frutos, llamado uvas, los cuales exprimidos proporcionan un jugo que, mediante ciertos procedimientos naturales más difíciles de explicar que de realizar, se transforman en un líquido llamado vino, de olor, color y sabor muy agradables, y que, tomado en pequeñas dosis, produce una agradable sensación, y estimula el cuerpo y la mente. Ahora bien, cuando se ingiere en grandes cantidades uno se emborracha y eso es algo que resulta fatal.

—Un estimulante, supongo.

—En cierto modo, así es.

—¿Crea hábito?

—Sólo si se ingiere en grandes dosis y continuamente. Pero un par de vasitos en cada comida no sólo no resultan perjudiciales, sino convenientes.

—Tendré que probar el vino. En otro momento, claro.

—Sí, ya le invitaré cualquier día a un par de tragos. Sendryk, perdone la curiosidad, pero, ¿piensa quedarse en Terraport?

—Por algún tiempo, aunque no puedo predecir su duración.

Kyffer se preguntó qué clase de negocios podían llevar a Sendryk hasta la capital, pero no se atrevió a insistir sobre el particular con su pasajero. Luego pensó en la misteriosa clínica del doctor Schalvus.

Si era cierto que enseñaba a vivir en el exterior de Marte, había hecho un descubrimiento asombroso. Pero eso era algo que no se podía enseñar a los vegetales.

* * *

La mujer le recibió con los brazos abiertos y la mejor de sus sonrisas. Kyffer dejó en el suelo la bolsa que había portado consigo y abrazó a aquella exuberante rubia, de carácter abierto y simpático, capaz de hacer cualquier cosa por un buen amigo, pero también de abrir la cabeza a algún tipo impertinente, como Kyffer había visto en más de una ocasión.

—Dichosos los ojos... Jack, hijo de una muía sarnosa, ¿qué rayos vienes a hacer en Terraport? Eres el último hom-hre a quien pensaba ver...

Kyffer se echó a reír. Todavía abrazado a la rubia, bajó la mano derecha y le arreó un cariñoso pellizco en la parte más protuberante de su anatomía.

—Estás tan guapa como siempre —dijo—. ¿Preguntas por qué he venido a Terraport? Bueno, si me tienes delante de ti, ya está la respuesta.

—Eso no cuela, Jack. Tú eres granjero y necesitas algo del gobernador, ¿no es así?

—Puede, pero por el momento, ¿por qué no nos olvidamos de ese tipo? ¿Sabes lo que te he traído?

—Me lo enseñarás mientras te sirvo una copa...

—Ni lo sueñes, Clemmie Hossen. Yo tengo algo mucho mejor, pero sólo te lo enseñaré en tu dormitorio.

Ella entrecerró los ojos, haciendo aletear las espesas pestañas.

—No pierdes el tiempo, ¿eh?

Kyffer hizo una mueca de asentimiento. Entonces Clemmie hizo un gesto con la mano y una mujer joven y de agradable aspecto se acercó en el acto.

—Nita, cuida del local unos momentos. El caballero y yo tenemos que hablar de negocios —dijo.

—Está bien, Clemmie —contestó la otra—. Que resulten... fructíferos.

Kyffer ocultó una sonrisa, mientras que levantaba la bolsa nuevamente. Clemmie Hossen poseía uno de los mejores locales de

diversión de Terraport, el más acreditado, y tenía una clientela fiel, que le proporcionaba sustanciosas ganancias. Ella echó a andar, moviendo sus poderosas caderas incitantemente, y subió al primer piso del edificio, en donde abrió una puerta.

Entraron en una habitación grande, cómoda, agradablemente decorada, en la que se veía un lecho de enormes dimensiones. Una vez hubo cerrado la puerta, se volvió hacia el joven y le contempló expectante.

Sonriendo maliciosamente, Kyffer abrió la bolsa y extrajo una botella que contenía un líquido de color rojo, completamente transparente. Al verlo, Clemmie se quedó extática.

—Vino —murmuró, a la vez que juntaba las dos manos.

—De mí primera cosecha, esto es, de un año tan sólo, fresco, ligeramente afrutado y de no más de doce grados. Al fin lo he conseguido, Clemmie —dijo Kyffer, rebosando orgullo.

Buscó dos copas, las llenó y ofreció una a su bella anfitriona.

—Mira primero, huele después y finalmente prueba un ligero sorbo. Te parecerá hallarte en el paraíso, Clemmie.

Ella lo hizo asi y cerró los ojos, arrobada, durante unos momentos. Luego, de súbito, agarró al joven por un brazo.

—Jack, te compro toda la cosecha… La de este año, también. Puedes ganar una fortuna… Todos los licores que sirvo son sintéticos; una botella de licor natural cuesta un ojo de la cara. Pero vino marciano…

Sonriendo, Kyffer apuró su copa y luego pasó los brazos por la cintura de la mujer.

—Clemmie, ¿por qué no dejamos los negocios para más tarde? —sugirió.

Ella lanzó una suave risita.

—Lo primero es lo primero, ¿eh?

—Nada más cierto, tesoro —contestó él, mientras buscaba ávidamente una boca que se le entregó sin el menor remilgo.

CAPÍTULO II

—Las cosas no marchan bien en los últimos tiempos —dijo Clemmie mucho más tarde, con la cabeza apoyada en el amplio pecho de su huésped.

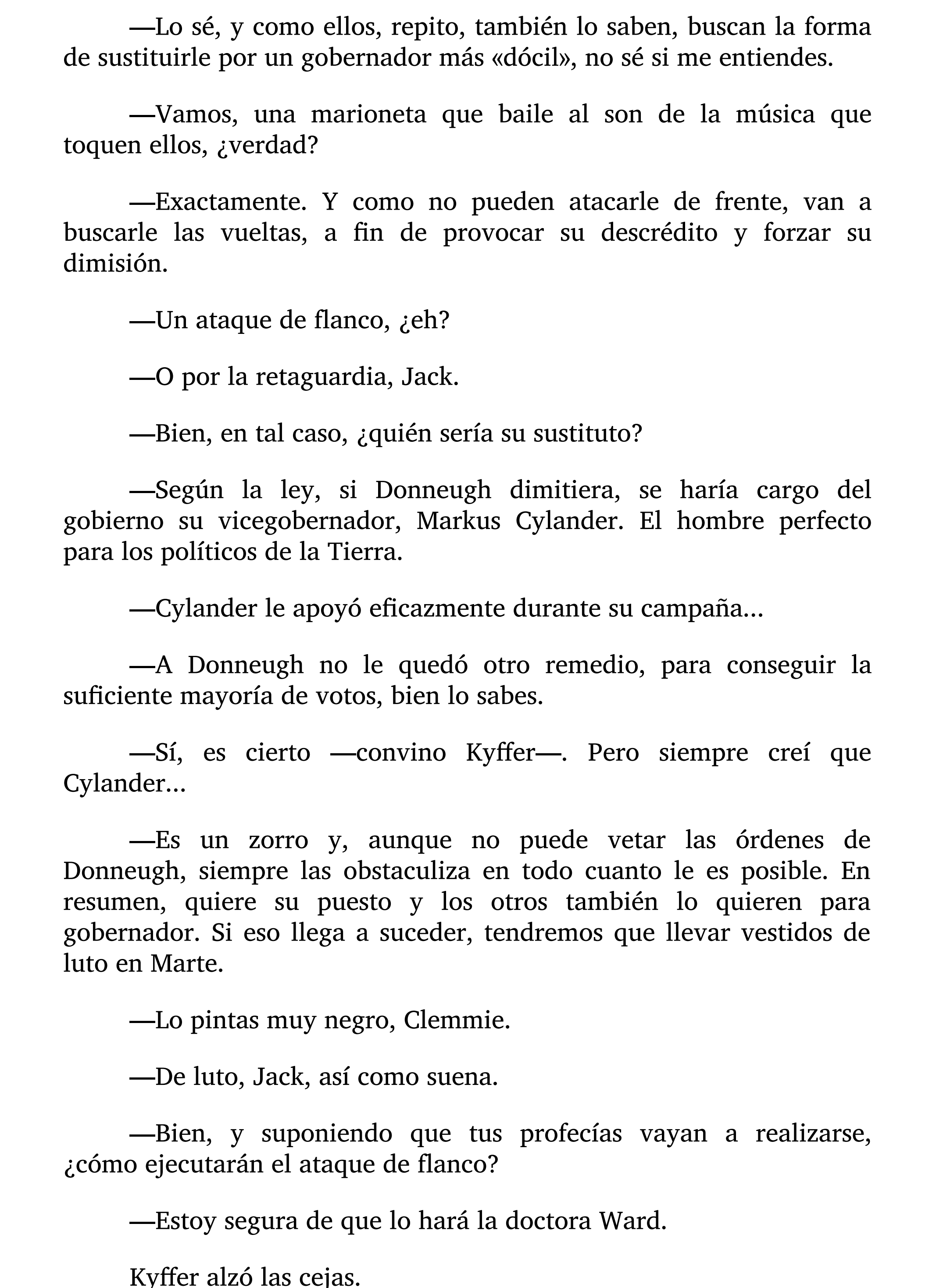
—¿Qué pasa? ¿Hay pocos clientes? —preguntó Kyffer, mientras acariciaba los sedosos cabellos de la joven.

—Oh, no, nunca me falta la clientela, por fortuna; pero se oyen rumores... Parece ser que en la Tierra no están muy contentos con la gestión del gobernador Donneugh.

—¿Qué diablos les pasa? —barbotó Kyffer—. ¿Por qué tienen que meterse ellos con Donneugh? ¿Es que no saben que, a fin de cuentas, lo elegimos nosotros y sólo nosotros somos quienes podemos pedirle cuentas de su gestión?

—Lo saben perfectamente, pero parece que no actúa como quieren los politicastros de. «allá abajo». Demasiado complaciente en algunos aspectos, ¿comprendes?

—Donneugh es un hombre justo, razonable, que no vacila jamás en afrontar ningún problema y darle la solución más conveniente, tras haber dialogado ampliamente con las partes en disputa. No tienen derecho a cuestionar su trabajo, Clemmie.



—Lo sé, y como ellos, repito, también lo saben, buscan la forma de sustituirle por un gobernador más «dócil», no sé si me entiendes.

—Vamos, una marioneta que baile al son de la música que toquen ellos, ¿verdad?

—Exactamente. Y como no pueden atacarle de frente, van a buscarle las vueltas, a fin de provocar su descrédito y forzar su dimisión.

—Un ataque de flanco, ¿eh?

—O por la retaguardia, Jack.

—Bien, en tal caso, ¿quién sería su sustituto?

—Según la ley, si Donneugh dimitiera, se haría cargo del gobierno su vicegobernador, Markus Cylander. El hombre perfecto para los políticos de la Tierra.

—Cylander le apoyó eficazmente durante su campaña...

—A Donneugh no le quedó otro remedio, para conseguir la suficiente mayoría de votos, bien lo sabes.

—Sí, es cierto —convino Kyffer—. Pero siempre creí que Cylander...

—Es un zorro y, aunque no puede vetar las órdenes de Donneugh, siempre las obstaculiza en todo cuanto le es posible. En resumen, quiere su puesto y los otros también lo quieren para gobernador. Si eso llega a suceder, tendremos que llevar vestidos de luto en Marte.

—Lo pintas muy negro, Clemmie.

—De luto, Jack, así como suena.

—Bien, y suponiendo que tus profecías vayan a realizarse, ¿cómo ejecutarán el ataque de flanco?

—Estoy segura de que lo hará la doctora Ward.

Kyffer alzó las cejas.

—¿Quién es? Nunca he oído hablar de ella...

—Una mujer, como se desprende. Alison Ward, delegada de Sanidad de la Tierra, en visita de inspección. Ya sabes que prácticamente la Sanidad es lo único que escapa a las competencias de Donneugh.

—Sí, los viajes de marcianos a la Tierra, seguridad sanitaria, cuarentenas y todo lo demás. Pero el estado de la sanidad, aquí, es perfecto.

—Quizá la doctora Ward encuentre deficiencias, Jack.

—Creo que comprendo. En tal caso culparán a Donneugh de negligencia, le organizarán una campaña difamatoria y...

—Exactamente. La dimisión será poco menos que forzada, aunque «voluntaria» para disimular, claro.

—Y entonces Cylander será el nuevo gobernador.

—Tú lo has dicho, Jack.

Kyffer se incorporó sobre un codo.

—Calculo que la doctora Ward será un vejestorio, seca, angulosa, pelo de rata y nariz ganchuda, con unas gafas de cristales de culo de vaso —dijo—. ¿No se te ocurre alguna idea para conseguir que se vaya de Marte sin que pueda meter su nariz de pico de loro en nuestros asuntos?

—De momento, sólo se me ocurre una idea —rió ella.

—¿Sí, Clemmie?

La joven le tendió los brazos.

—Acércate un poco más y te lo diré al oído —contestó.

Kyffer se echó a reír y luego la abrazó apasionadamente, porque era un hombre joven y rebosante de energía y vitalidad. Después quedaron lánguidamente tendidos en el lecho, silenciosos y fuertemente abrazados, recuperándose de los cálidos momentos vividos.

Bruscamente, cuando menos lo esperaban, se oyó un fuerte estruendo en la parte inferior del edificio.

Sobresaltado, Kyffer se sentó inmediatamente en la cama.

—¿Qué diablos ocurre? —exclamó.

Clemmie saltó del lecho y empezó a vestirse.

—Algún hijo de mala madre trata de arruinarme el negocio —dijo.

Kyffer comprendió que ella se disponía a intervenir, para poner paz en el tumulto que se percibía en la planta baja y pensó que su obligación era ayudarla en la medida de lo posible, por lo que empezó también a vestirse.

* * *

Cuando llegaron al salón el ruido había disminuido considerablemente, aunque todavía había dos tipos que discutían con gran vehemencia. Uno de ellos era un sujeto tremendo, de dos metros de estatura por lo menos y cien kilos de peso. El otro era casi tan alto, pero más delgado y con un peso que no rebasaba los setenta kilos.

Había un par de mesas volcadas y algunas botellas y vasos convertidos en pedazos. Los demás clientes y las chicas permanecían expectantes, contemplando la discusión entre los dos sujetos, quienes parecían a punto de lanzarse el uno contra el otro.

—Maldita sea —dijo Clemmie entre dientes—. Siempre ha de ser ese bastardo...

—¿A quién te refieres? —preguntó Kyffer.

Ella no tuvo tiempo de contestarle. El más grueso de los dos se lanzó repentinamente contra su adversario, a la vez que profería espantosas amenazas. Kyffer saltó hacia adelante, disponiéndose a evitar la pelea.

—¡Basta, por todos los diablos! —gritó—. Dejen de pelearse...

El gigante le asestó un puñetazo en un hombro y Kyffer dio dos vueltas sobre sí mismo, antes de caer sobre un espectador que le dio un maligno rodillazo en el bajo vientre. Un ramalazo de dolor le hizo sentir una terrible agonía durante unos instantes, pero reponiéndose disparó el puño derecho y alcanzó el mentón del sujeto.

El hombre voló por los aires, aterrizó sobre el mostrador y lo recorrió en toda su longitud, barriendo cuanto encontraba a su paso, hasta caer al otro lado. Kyffer se volvió a tiempo de esquivar una botella que volaba por los aires en dirección a su cabeza.

El joven se sintió furioso. Había sido atacado sin motivo alguno y se dispuso a dar una lección al provocador. Pero de repente le vio dando vueltas por los aires.

El otro, sin duda, conocía métodos de lucha que ignoraba su adversario. El primero cayó al suelo pesadamente y ya no se movió.

Pero algunos más habían vuelto a la pelea con renovados bríos. Kyffer se dijo que era preciso acabar con el tumulto, antes de que alguien sufriese daños irreparables.

El luchador delgado había derribado a otro adversario. Parecía inconmovible, frío, sin mostrar la menor alteración. Kyffer se decidió a empezar con él, seguro de que una vez fuera de combate se habría terminado el jaleo.

Acercándose en un par de saltos, le tocó en un hombro. En el mismo instante vio algo que le dejó paralizado por el asombro.

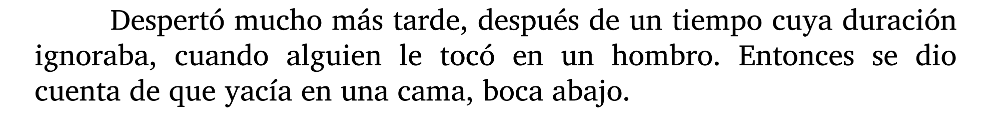
¿Qué hacía Sendryk en aquel lugar?

El extraño individuo se hallaba al otro extremo, en lugar relativamente seguro, contemplando la pelea con una leve sonrisa en sus delgados labios, como si se considerase un ser superior, indigno de tomar parte en las acciones de gentes inferiores. Kyffer hizo mal en descuidarse, porque en el mismo instante un puño voló venenosamente hacia su mentón.

Durante una fracción de segundo vio el rostro delgado y huesudo del sujeto que había derrotado tan fácilmente al forzudo. Luego el puño explotó en su barbilla y le pareció que se deshacía en un millón de estrellas.

Las luces se extinguieron casi instantáneamente, y todos los ruidos y las imágenes se ocultaron tras una silenciosa oscuridad.

* * *



Despertó mucho más tarde, después de un tiempo cuya duración ignoraba, cuando alguien le tocó en un hombro. Entonces se dio cuenta de que yacía en una cama, boca abajo.

—¿Eh? —gruñó.

—Vamos, perezoso, despierta —sonó la voz de Clemmie—. Te he traído un poco de café. Luego desayunarás lo que te apetezca, siempre que sea antes de las diez de la mañana.

—¿Qué hora es en estos momentos?

—Las nueve. Has estado durmiendo casi ocho horas de un tirón. Aunque despertaste después de que te dejaran sin sentido, no estabas todavía plenamente consciente y te di una tableta para que pudieras descansar a gusto.

Kyffer hizo un esfuerzo y se sentó en la cama, tanteándose el mentón dolorido.

—El tipo me dio bien —comentó—. ¿Quién era?

—No tengo la menor idea —respondió Clemmie, a la vez que le ofrecía la taza con el platillo.

—Pero tú... hablaste furiosa de uno de los contendientes...

—Me refería a Río Hammer, el forzudo. Es un tipo muy desagradable, y yo diría que hasta provocador a sueldo.

—Vaya, no sabía que esa profesión existiera en Marte.

—No puedo garantizarte que lo sea, pero sus medios de vida no parecen proceder precisamente de un trabajo honrado. Por otra parte, no es la primera vez que me organiza una pendencia en el local. Me he quejado al jefe de Policía y me prometió pararle los pies, pero a lo que se ve Hammer sigue campando por sus respetos.

—Suponiendo que sea un provocador a sueldo, ¿quién se lo paga, Clemmie?

Ella se encogió de hombros.

—¡Yo qué sé! En los últimos tiempos, te lo aseguro, están pasando cosas muy raras en Terraport. Y todo, te lo aseguro, para conseguir que Donneugh dimita.

—Un par de peleas tabernarias no son motivos suficientes para conseguir la dimisión de un gobernador —alegó el joven.

—Han ocurrido otros casos en lugares distintos, y no precisamente iguales a lo que sucedió anoche. Te lo aseguro, Jack, quieren echarlo.

—Bien, pero ¿qué podemos hacer nosotros? Sólo somos simples peones en un juego de notables magnitudes y no podemos hacer otra cosa que resignarnos a que tiren de los hilos que nos mueven a su gusto.

—Tal vez tú puedas hacer algo mejor que bailar al son que ellos te tocan, Jack —dijo Clemmie sibilinamente.

—¿Yo? —se asombró Kyffer—. ¿Qué demonios puedo hacer?

—No lo sé. Tal vez lo averigües tú mismo cuando te entrevistes con Donneugh. Kyffer respingó. —¿Qué has dicho?

—Te lo dije al despertar: tienes que estar listo antes de las diez de la mañana, porque Donneugh te ha citado a esa hora en su despacho.

—¿Cómo lo sabes?

—Bueno, vino una patrulla a investigar y tomó algunos nombres. Ya sabes que a Donneugh le gusta estar enterado de todos los detalles; vio tu nombre en el informe policial y envió muy temprano a un mensajero. Por cierto, la delegada de Sanidad de la Tierra asistirá personalmente a esa entrevista.

—Sí que resulta extraño —dijo el joven, porque no comprendía en absoluto los motivos de la llamada del gobernador. Aunque era buen amigo suyo, había procurado siempre molestarle lo menos posible y nunca había formado parte de la inevitable corte de aduladores que mariposeaba constantemente a su alrededor—. En fin, iré a ver qué quiere y... ¿puedo pasar al baflo, Clemmie?

Ella se echó a reír.

—Cuando salgas tendrás dispuesto un sólido desayuno. Lo necesitas, después de los diversos ejercicios físicos que realizaste anoche —contestó maliciosamente.

—Algunos de esos ejercicios se pueden repetir —sonrió él,

mientras echaba a un lado las ropas de la cama.

—Siempre que quieras, por supuesto —contestó Clemmie.

Mientras dejaba que el agua fría resbalase por su cuerpo, Kyffer pensó preocupadamente en la llamada del gobernador. No tardaría mucho en saber sus motivos, se dijo.

Cuando estaba secándose, recordó de súbito un detalle que había permanecido hasta entonces oculto en lo más profundo de su mente. Al salir del baño, vio a Clemmie sentada a la mesa, sobre la que se veía una copiosa provisión de víveres.

—Tengo que hacerte una pregunta, Clemmie —dijo.

Ella le ofreció un vaso de zumo de naranja.

—Adelante, Jack.

—¿Conoces, o has oído hablar en alguna ocasión, de un tal doctor Schalvus?

—No —respondió Clemmie, extrañada—. ¿Quién es ese médico?

Con el vaso todavía en la mano, Kyffer respondió: —Un hombre del que, según he podido saber por propia experiencia, enseña a las personas a vivir en el exterior de Marte sin necesidad de aparatos respiratorios ni trajes de vacío.

CAPÍTULO III

Kyffer se dejó llevar por la acera deslizante, que se movía bajo la gigantesca cúpula que mantenía una atmósfera respirarle en su interior. La parte más elevada se hallaba a no menos de cuatrocientos metros y el diámetro, en la base, era de unos mil.

Había muchas más cúpulas y todas ellas estaban unidas por túneles transparentes que permitían un tránsito fluido y sin atascos. Los vehículos privados estaban prohibidos y debían estacionarse en el exterior. En el interior sólo se permitía el tráfico de vehículos policiales, ambulancias y de socorro.

Incluso las mercancías se transportaban por las cintas aislantes o en pequeñas plataformas con ruedas, con motor eléctrico, que se utilizaban solamente en los túneles, lugares donde había interrupción de las aceras móviles, las que por otra parte podían soportar impunemente pesos de decenas de toneladas. Pero si se tenía en cuenta que la gravedad marciana era un tercio inferior a la terrestre, la solidez de las cintas era todavía mucho mayor de lo establecido en los cálculos de construcción.

Bajo las cúpulas había espacios verdes, con árboles, flores, hierba y estanques, lo que daba a la ciudad un aspecto terrestre. Los edificios, en su mayoría, eran bajos, de tres plantas como máximo, y con grandes separaciones entre sí.

No se podía negar que la ciudad cupular era muy atractiva, pero sobre todo resultaba acogedora. Aunque no había intervenido en su construcción, Kyffer se sentía orgulloso de vivir allí y no envidiaba en absoluto a los que vivían en la Tierra.

Un cuarto de hora más tarde, minutos antes de las diez, llegó al palacio del gobernador, un edificio más bien modesto, ante cuya puerta había un aburrido policía. Kyffer expresó sus deseos, dio su nombre y el policía le hizo pasar a una oficina, desde la que consultaron con el gobernador acerca del visitante.

Momentos después Kyffer era introducido en el despacho de Hartley Donneugh, gobernador de Terraport y su región, lo que prácticamente equivalía a desempeñar el puesto más elevado de Marte. Donneugh, un hombre de buena estatura, de pelo entrecano y aspecto agradable, salió a su encuentro.

—¡Qué alegría verle, Jack! ¿Se encuentra bien? ¿Marchan satisfactoriamente sus trabajos?

Kyffer estrechó la mano que se le tendía afectuosamente.

—No puedo sentirme descontento en modo alguno, señor —contesto—. La granja progresa día a día y muy pronto podré ofrecerle excelentes noticias sobre sus productos.

Donneugh sonrió.

—Conozco sus proyectos y le deseo el mayor de los éxitos, Jack. Ahora, permítame que le presente a una persona que desea conocerle. Doctora…

Kyffer volvió la cabeza. Al entrar en el amplio despacho, había entrevisto a una mujer sentada en una butaca. Ahora podía contemplarla a su sabor, sobre todo cuando ella se levantó para acercársele y estrechar su mano, aunque con un gesto de pura fórmula, sin mostrar la menor satisfacción por conocerle.

—La doctora Ward, Jack Kyffer, granjero —dijo Donneugh.

Kyffer procuró ocultar el asombro que sentía. Alison Ward no era la mujer alta, seca, angulosa, con nariz ganchuda y pelo color de rata que había descrito la víspera. Tratábase de una joven que no pasaba mucho de los veintiséis años, de mediana estatura y con una silueta capaz de inspirar envidia a la Venus de Bottícelli. «Desnuda, se entiende», pensó Kyffer, aunque lógicamente se abstuvo de comunicar tal opinión a la interesada.

El cabello, corto, tenia un agradable color oro viejo y los ojos eran grises, con chispitas verdosas en la pupila. Pero aquellos ojos desprendían una luz de firmeza y energía que, se dijo el joven, en más de una ocasión podía transformarse en obstinación poco agradable.

Guardó tales pensamientos para sí y estrechó la mano de la joven.

—Celebro conocerla, doctora —dijo cortésmente.

—Gracias, señor Kyffer —Alison se volvió hacia Donneugh—. ¿Es éste el hombre del que usted me habló durante la cena de anoche?

—El mismo, doctora. Después de que usted me formuló su petición pensé en algunos conocidos, y, finalmente, no encontré otro mejor que mi buen amigo Jack Kyffer.

—Entendido, gobernador. ¿Quiere, por favor, decir al señor

Kyffer lo que pretendo de él?

—Perdone, doctora, pero estimo que mejor será que se lo comunique usted personalmente. Yo sólo le diré que se ponga a sus órdenes y que le sirva de guia durante su estancia en Marte. Ah, Jack —añadió Donneugh—, por si lo ignorabas, la doctora es delegada de Sanidad de la Tierra.

—Ya tuve noticias de ella anoche —contestó el joven, un tanto amoscado por la gélida actitud de Alison y el enigmático cambio de palabras que se había producido entre la doctora y el gobernador—. De todos modos, y como dije antes, estoy por entero a su disposición.

Donneugh se echó a reír. Kyffer, sin embargo, se percató de que era una risa forzada, carente de sinceridad. Aunque no lo mostraba exteriormente, se sentía muy preocupado por algo que no acababa de entender por completo. Las amenazas a su cargo, sin embargo, debían de tener mucho que ver con aquel estado de ánimo.

—Señor Kyffer —dijo Alison—, cuando guste... Ya le indicaré después lo que deseo hacer.

El joven se inclinó.

—Soy su obediente servidor, doctora —manifestó.

Alison se volvió para despedirse de Donneugh. En el mismo instante, sonó un timbre de alarma en el interior de la estancia.

Donneugh giró la cabeza hacia una enorme consola de control que había adosada a una de las paredes del despacho.

En uno de los paneles se había encendido una luz roja, que oscilaba con rápidas intermitencias.

—¡Cristo! —exclamó, sin poder contenerse—. ¡Una de las cúpulas está perdiendo aire!

* * *

Kyffer se puso rígido al oír aquellas palabras. Si una cúpula perdía presión las compuertas de seguridad de los túneles que la

comunicaban con otras cúpulas se pondrían en funcionamiento automáticamente, cuando la densidad de la atmósfera descendiera a ciertos límites. Muchos podrían salvarse, pero otros quedarían inexorablemente atrapados y perecerían.

Donneugh, sin embargo, reaccionó con rapidez. Corrió hacia la consola y apretó unas cuantas teclas. Una gran pantalla de televisión se encendió inmediatamente sobre la consola.

Las imágenes mostraron gentes que corrían apresuradamente en busca de la salvación. Al fondo se divisaba a un hombre que realizaba una extraña tarea.

El sujeto, provisto de un cilindro de metro y medio de largo por veinte centímetros de diámetro, sujeto a su espalda por unas correas, tenía en la mano una larga manguera, de la que brotaba un chorro de fuego, muy delgado, de más de tres metros de longitud. El hombre, saltaba a la vista, estaba quemando el material plástico de la cúpula.

El plástico, sin embargo, era muy resistente y el orificio abierto hasta el momento no tenía un diámetro superior a los diez centímetros. Pero el sujeto persistía en su labor tenaz, obstinadamente, como si no le importase en absoluto, no ya las vidas de los demás, sino la suya propia.

El aire escapaba a torrentes por el agujero, vaporizándose al salir al exterior, convertido en nubes blanquecinas que se disipaban casi instantáneamente en la escasamente densa atmósfera marciana. Donneugh vio aquello y lanzó un rugido de cólera:

—¡Detengan a ese loco como sea! ¡Párenlo antes de que provoque una catástrofe!

Un policía apareció en la imagen, corriendo hacia el sujeto. Este se percató de que iba a ser atacado y volvió el lanzallamas. Un chorro de fuego alcanzó el pecho del policía, quien se retiró inmediatamente, con las ropas en llamas, profiriendo espantosos alaridos.

Algunos espectadores procuraron apagar las llamas del desgraciado. Otros intentaron acercarse también al hombre, pero éste los hizo huir con el fuego de su artefacto.

Aterrado, Kyffer empezó a ver algunos pliegues en el material transparente de la cúpula. Esta perdía presión con rapidez. Cuando se quedase totalmente sin aire se desplomaría sobre aquel sector de la ciudad y, aunque era un material sumamente ligero y además era

preciso contar con la menor gravedad marciana, también había que tener en cuenta los miles de metros de superficie que componían la cúpula y su grosor, no inferior a los cinco centímetros. Cientos de toneladas se abatirían sobre los edificios y sus habitantes... pero a éstos les importaría poco la destrucción del sector, porque ya estarían muertos.

Las campanas de alarma sonaban estridentemente. Alguien llamó de pronto a Donneugh.

—Señor gobernador, no hay más que una forma de detener a ese loco.

—Adelante, jefe —ordenó Donneugh ceñudamente.

Un policía, ya provisto de mascarilla respiratoria, se adelantó unos pasos, hincó la rodilla en el suelo y apuntó con su fusil al demente. Instantes después, el hombre se desplomó, con el cráneo atravesado por un proyectil.

Al caer cesó la emisión de fuego, porque el lanzallamas se apagaba automáticamente apenas se dejaba de ejercer presión sobre el mecanismo de ignición.

Equipos de socorro se precipitaron a taponar la brecha.

—En pocos minutos habrán puesto un parche provisional y las bombas empezarán a insuflar aire para restablecer la presión —explicó Donneugh.

Alison adelantó un paso.

—Gobernador, ¿era preciso utilizar un fusil con bala para impedir que ese desgraciado continuara perforando la cúpula?

—¿Puede indicarme otra solución, doctora? —contestó Donneugh.

—Podían haberle disparado un proyectil narcótico...

—Habría tardado casi un minuto en ejercer sus efectos y ese tiempo podría haber resultado precioso. La cúpula, acaso, se habría rasgado, viniéndose luego abajo, con las consecuencias que son fáciles de imaginar.

—A pesar de todo...

—Doctora —dijo Donneugh, conteniendo difícilmente la rabia que sentía—, aunque le guarde las consideraciones debidas a su cargo, no debe usted olvidar que soy yo el responsable del orden público.

—Se ha producido, al menos, una víctima. Como delegado de Sanidad, tengo derecho a intervenir, señor.

—Le niego ese derecho, doctora.

Kyffer se dio cuenta de que la discusión se agriaba y podía llegar a extremos irreparables, por lo que, acercándose a la joven, tocó su brazo y le hizo un gesto con la cabeza.

—Doctora, deje ese problema por el momento. Ya nada se puede hacer por el muerto y usted, tengo entendido, ha venido aquí por ciertos motivos que todavía no conozco.

Alison se volvió y le dirigió una mirada llameante. Su pecho se agitó turbulentamente durante unos segundos y luego, agarrando el bolso que colgó de su hombro, se encaminó hacia la puerta con vivo taconeo.

—Adiós, gobernador —se despidió secamente.

—Doctora —mascullló Donneugh.

Kyffer y Alison salieron juntos del edificio, ella sumida en un hosco silencio, que el joven estimó no era de buen augurio para el gobernador. De buena gana la habría enviado al diablo, no sin antes haberle propinado un par de azotes en el trasero, pero ello hubiera supuesto comprometer más a un buen amigo, y, suspirando resignadamente, tuvo que abstenerse de aquel pequeño placer.

De repente, Alison se detuvo y le miró fijamente.

—Señor Kyffer, por hoy no haremos nada —dijo, resuelta—. Me hospedo en el hotel Saturno. Venga a buscarme mañana a las nueve en punto. No le haré esperar, téngalo por seguro.

Kyffer se quedó atónito.

—Pero ¿qué va a hacer ahora? —exclamó.

—Quiero presenciar la autopsia de ese desdichado que ha muerto de un disparo innecesario.

—¿Va a ver cómo le echan las tripas fuera? —preguntó él, casi

sin respiración.

—Por encima de todo soy médico y, además, con un cargo oficial. ¡Eso es todo! ¡Buenos días, señor Kyffer!

La joven echó a andar con gran resolución, dejando a su acompañante perplejo y desconcertado, y sin saber a qué atenerse. Al fin, Kyffer meneó la cabeza.

—Qué diablos —gruñó—. Clemmie es infinitamente más simpática... y entiende de medicina tanto como un papagayo de cohetes espaciales.

De pronto, oyó una risita a poca distancia. Al volverse, divisó a Sendryk apoyado en la pared de un edificio próximo.

—La chica tiene mal genio, ¿eh?

—Insufrible —admitió Kyffer.

—No hará una buena esposa...

—No seré yo quien pretenda su mano. ¿Cómo le van las cosas por aquí, Sendryk?

—Bien, no puedo quejarme. ¿Y usted?

Kyffer se encogió de hombros.

—Psé... No mal del todo, por ahora. Pero puede que empeoren.

—¿De veras?

—No es seguridad, sólo una opinión... Oiga, Sendryk, ¿puedo hacerle una pregunta? Mejor dicho, dos.

—Claro, Jack. Empiece cuando guste.

—La primera es: ¿dónde está la clínica del doctor Schalvus?

—Se lo diré en otro momento. Ahora, si pretende conseguir lo mismo que yo, le diré que es imposible, porque tiene cubierto el cupo, de digamos estudiantes, para un año al menos.

—Bueno, no tengo prisa en aprender a vivir fuera —sonrió Kyffer—. La segunda pregunta es: ¿de dónde ha venido usted?

La sonrisa de Sendryk era enigmática, apreció el joven.

—Digamos, por ahora, que vengo del infinito —contestó.

Echó a andar y pasó a una cinta deslizante. Kyffer quedó en el mismo lugar, lleno de dudas y totalmente desconcertado. Pero no tardó mucho en pensar en Clemmie y tomó la misma cinta que Sendryk.

Era extraño, se dijo instantes más tarde. Sendryk había subido a la acera deslizante apenas treinta segundos antes.

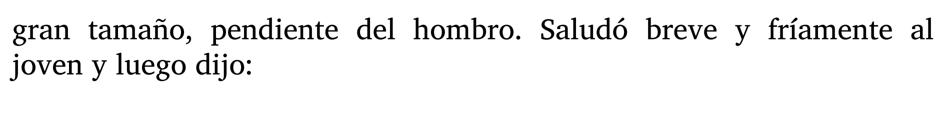
Tendría que hallarse a unos cincuenta o sesenta metros por delante de él y, con su elevada estatura, debería verlo con toda facilidad, pero no pudo captar el menor rastro de tan singular personaje.

—Diríase que se ha convertido en humo —masculló.

Pero de nuevo volvió a pensar en Clemmie y su estado de ánimo se caldeó considerablemente y empezó a ver las cosas con más optimismo.

CAPÍTULO IV

Alison salió del hotel a las nueve en punto, ataviada con un traje de una sola pieza, de color gris claro, y con su inevitable bolso, de


gran tamaño, pendiente del hombro. Saludó breve y fríamente al joven y luego dijo:

—Desearía hacer un recorrido por el exterior en su coche. ¿Hay alguna objeción, señor Kyffer?

—Ninguna, doctora. ¿Puedo saber adonde nos dirigimos?

—A su granja, aunque nos detendremos en alguna de las que encontremos en el camino.

—Eso puede llevarnos todo el día...

—¿Tiene un cuarto de huéspedes en su casa?

—Le cedo el mío. Es el de un soltero, no demasiado confortable, pero tampoco una pocilga.

—Gracias. Cuando guste.

Había casi ciento cincuenta cúpulas en Terraport y tardaron un buen rato en salir al exterior. Pero al fin el coche arrancó en la dirección deseada.

Durante los primeros momentos Kyffer y la doctora guardaron un silencio absoluto. Pasó un buen rato antes de que ella despegara los labios.

—Ayer le dije que iba a presenciar la autopsia del supuesto demente —manifestó.

—Sí, doctora.

—No era un demente. Estaba borracho perdido. El índice de alcoholemia superaba largamente el cuatro por mil.

—La borrachera siempre altera las facultades mentales del sujeto, doctora.

—Lo sé de sobra. Pero estudié sus antecedentes y así pude darme cuenta de que había sido siempre un hombre de intachable conducta, hasta ayer, claro.

—Antiguamente se decía que el mejor maestro echa a veces un borrón, doctora.

—Ese hombre era un ser excelente, hasta que se emborrachó.

—Era un ser libre, doctora —gruñó el joven—. El hombre es libre, pero, por lo mismo, debe saber hacer frente a sus responsabilidades. A mí me gustan el vino y el licor, pero moderadamente, y sé lo que podría pasarme si me emborracho. Por eso no abuso del alcohol.

—Aun así, no se debería haber empleado un fusil ordinario. Pudieron haberle disparado un proyectil narcótico…

Kyffer empezó a hartarse.

—Doctora, usted no sabe lo que se dice —exclamó.

—¡Soy médico!

—Entonces debería saber que el alcohol y los narcóticos son incompatibles. Probablemente, si le hubieran disparado un proyectil narcótico, habría muerto también, aunque no instantáneamente.

—No es seguro, señor Kyffer.

—¡ Por todos los diablos! Doctora, ¿es que no se dio cuenta usted de que no había tiempo de buscar un fusil que disparase proyectiles narcóticos? ¿Cree que es normal que haya tipos que, a diario, se entretengan en quemar las cúpulas? En todos los años que llevo en Marte, es la primera vez que se produce un suceso semejante, y no me diga que la policía debe estar preparada para una eventualidad de tal calibre, porque no es cosa corriente, ¿comprende? A nadie se le pasaría por la cabeza tratar de destruir una cúpula, salvo a un demente.

—Un borracho.

—Llámelo como quiera. Yo lamento más que nadie la muerte de ese desgraciado, pero también me alegro infinito de que cientos de personas salvasen la vida. Tome una balanza, pese ambos hechos y verá cuál es el resultado.

Alison se agitó en su asiento, incómoda, y apretó los labios. Ya no volvió a pronunciar palabra, hasta que unos cuarenta kilómetros más adelante divisaron las luces de la primera granja.

Durante el resto del día Alison, acompañada por el joven, que conocía a sus colegas, estuvo visitando las granjas y tomando notas en un cuaderno, que guardaba siempre con gran cuidado en su bolso. Kyffer supuso que no quería que nadie conociera sus observaciones,

cosa que habría sucedido de utilizar una grabadora. Pero la actitud de la joven le desagradó profundamente, aparte de que la consideraba como una enemiga, no personal, sino del gobernador, a quien apreciaba sinceramente.

Sin embargo se abstuvo de formular el menor comentario, limitándose a contestar a las preguntas de Alison, cuando ella solicitaba aclaraciones a algunas dudas. Al fin, cuando ya atardecía, según el horario terrestre, llegaron a la granja del joven.

Lo primero que ella observó fueron las cuatro grandes cúpulas que componían el recinto a presión. Bajo una de ellas se veía un edificio pequeño, pero de agradable apariencia. Una vez desembarcados del coche, Kyffer abrió la puerta, encendió las luces y se apartó a un lado.

—Bien venida a mi humilde morada, doctora —dijo.

Por primera vez en todo el día, se vio aparecer una ligera sonrisa en los labios de Alison.

—Me siento muy honrada y agradecida al tenerle como anfitrión, señor Kyffer —contestó.

* * *

La casa era de una sola planta y Alison compareció a las ocho en punto en el comedor salón para tomar un desayuno que ya estaba preparado.

—Si me hubiera llamado antes lo habría hecho yo,—dijo.

—Es usted mi huésped, doctora.

—Además de saber practicar autopsias, también sé guisar. Kyffer sonrió.

—En tal caso, le permitiré trinchar el asado que tomaremos en la cena —dijo—. Siéntese, por favor —añadió, al ofrecerle una silla.

Alison demostró tener un sano apetito y consumió sin remilgos un sustancioso desayuno. Al terminar, miró al joven y dijo:

—Ahora vamos a ver su granja. Quiero que me explique con todo detalle cómo funciona. Muchas cosas se me pasaron ayer por alto al hablar con otros colegas suyos, pero es porque esperaba que usted mismo me contase todo lo que no pude averiguar ayer.

—Estoy a su disposición, doctora. Ahora, en cuanto lave los platos...

—¿No tiene lavavajillas?

—Consume demasiada energía y he de escatimar cada kilovatio —respondió Kyffer—. Las plantas nacen y crecen relativamente con pocos cuidados, pero el gasto de energía es muy grande para la producción de aire respirable y agua. Además estoy solo y no ensucio demasiados platos. Suelo hacerlo una vez al día, aunque ahora hay más cacharros que fregar...

Alison se levantó en el acto.

—Yo fregaré y usted secará —dispuso—. Seguiremos hablando mientras tanto.

—Como guste, doctora. ¿Qué más quiere saber?

—En primer lugar, ¿qué superficie cultivable tiene usted?

—Son cuatro cúpulas, cada una, como ha podido apreciar, de mil metros de diámetro; en total, un poco más de noventa hectáreas.

—No está mal. ¿Dispone de medios mecánicos?

—Arados, segadoras y cosechadoras eléctricas, además de aparatos para la desinfección y demás. Treinta hectáreas casi exclusivamente están dedicadas al cultivo del trigo. Otro tan to para verduras y frutales. Espero obtener este año una bue na cosecha. Entonces podré adquirir la quinta cúpula.

—¿Qué plantará, señor Kyffer?

—Olivos.

—No está mal. ¿Cómo consigue el aire y el agua?

—Bien, el generador, a base de energía másica, está en terrado en el suelo, fuera del recinto de las cúpulas, aunque con un fácil acceso para mantenimiento. Usted sabe que el suelo, cualquier suelo, contiene elementos químicos necesarios para la vida. Por tanto, el

generador actúa sobre las máquinas que producen nitrógeno y oxígeno, con lo que dispongo de aire respirable. Otra máquina produce hidrógeno y oxígeno, hace saltar la chispa clásica...

—Y nace el agua —sonrió Alisoh.

—Exactamente. Luego, por medio de cañerías, con grifos en los lugares apropiados, accionados por control remoto y cuando es preciso automáticamente, por medio de una computadora previamente programada, riego las plantas en el momento preciso, incluso por aspersión, porque no sólo las raíces necesitan agua.

—¿Qué me dice de la luz y el calor?

—Cuando salgamos verá focos en lugares apropiados, que se encienden y apagan asimismo por un programa apropiado, grabado en otro ordenador. Los cristales de los focos están fabricados de modo que produzcan una luz similar a la del sol.

—Se encienden y apagan, sin duda, gradualmente.

—En efecto, y según las estaciones, su intensidad es ma yor o menor, dado que las plantas necesitan crecer y desarrollarse según unos ciclos que no sería prudente alterar.

—Muy bien pensado —aprobó ella.

—Los focos dan el suficiente calor para mantener la temperatura apropiada. Por la noche, sin embargo, como descendería excesivamente, otros generadores envían aire caliente al interior de las cúpulas.

—Y la computadora, supongo, hará aumentar y descender la temperatura gradualmente, de modo que se produzcan unos ciclos diarios similares a los de la Tierra.

—En efecto, pero aquí la agricultura tiene dos ventajas: tres, mejor dicho.

—¿Cuáles, por favor?

—En primer lugar, cultivo en tierras-vírgenes, que no han sido roturadas jamás y no están agotadas. Claro que después de cada cosecha de trigo tengo que dejar descansar el suelo, pero en otros cultivos no sucede asi. Segundo, no hay peligro de heladas, y tercero, tampoco temo al pedrisco.

Alison se echó a reír. Por primera vez le pareció a Kyffer que se humanizaba un tanto.

—Una agricultura segura —observó—. De modo que pien sa plantar olivos.

—Sí, doctora.

—Un olivo necesita veinte años para dar fruto, por lo! menos.

—Por eso quiero empezar al año próximo. Además, y esto es algo que había pasado por alto, las plantas terrestres! crecen aquí con mayor rapidez, debido a la menor gravedad.! Calculo que mis olivos pueden dar fruto dentro de unos doce años.

La operación de lavar los platos se realizó en pocos minutos. Después de secarse las manos, Alison se volvió hacia su anfitrión.

—¿Cuándo empezamos el recorrido de su finca? —Estoy a su disposición, doctora. Sígame, se lo ruego. Ella observó que el joven iba en mangas de camisa. —¿No necesitamos vestirnos?

—En ningún momento saldremos al exterior, doctora.

—Ya. Dispense, debí haber pensado en ello. Las cúpulas, supongo, disponen de túneles de enlace.

—En efecto, asi es, con compuertas de cierre automático, para caso de una pérdida excesiva de presión.

Acababan de salir de la casa y aquella frase hizo recordai al joven algo que había olvidado momentáneamente.

—Doctora...

Alison caminaba delante de él y al notar que Kyffer si detenía, hizo lo propio y volvió la cabeza.

—¿Sucede algo?

—Es... Verá, quizá le parezca que le cuento una fantasía., pero puedo asegurarle que es la pura verdad. Hace alguno días me encontré a un tipo en el camino, cuando me dirigii a Terraport.

—¿El antiguo autostop? —sonrió la joven.

—Pues... sí. Aunque parezca raro, ya que cada uno de nosotros

tiene su propio vehículo, aquel hombre iba a pie y lo que es más sorprendente, sin máscara respiratoria ni traje de vacío.

Alison se sorprendió al oír aquellas palabras.

—Está bromeando, señor Kyffer.

—Le aseguro que no es asi, doctora —contestó él—. Usted puede no creerme, pero insisto en que digo la verdad. Aquel hombre se paseaba por el exterior de Marte con la misma facilidad que uno de nosotros se pasearía por una playa terrestre o, sin ir más lejos, como vamos ahora.

—Es increíble —dijo Alison.

—Le cuento esto, porque ese hombre me dijo que lo había conseguido mediante una especie de cursillos que había seguido en la clínica de un tal doctor Schalvus. ¿Lo conoce usted?

Ella sacudió la cabeza.

—No, jamás he oído ese nombre —declaró—. ¿Dice usted que el doctor Schalvus enseña a vivir en el exterior, sin necesidad de mascarillas respiratorias ni botellas de aire en un traje de vacío?

—Así es, doctora, por extraño que le pueda parecer.

—Señor Kyffer, si le he de ser sincera, su historia me parece poco creíble —dijo Alison.

—Le juro que...

—Es cierto —atajó ella— que personas bien entrenadas, pueden permanecer en el exterior durante algunos minutos, pero llegar a cuatro o cinco sólo se da en casos muy excepcionales. Ahora bien, como dice usted, moverse libremente fuera de las cúpulas durante un tiempo mayor es absolutamente imposible.

—Me gustaría que viera usted a Sendryk. Eso le convencería de que digo la verdad, doctora.

Ella sonrió.

—Si encuentra usted a ese hombre, le pediremos que haga una prueba. Bastará con que permanezca diez minutos fuera de una cúpula, para que yo me convenza de que el método Schalvus es absolutamente eficaz.

—Ayer estaba en Terraport —dijo Kyffer—. Le buscaré y...

—¿Por qué no dejamos ahora a Sendryk y continuamos recorriendo sus tierras, señor Kyffer? Si mal no recuerdo, hay algo que usted cultiva y de lo que no me ha hablado todavía.

Una ancha sonrisa apareció en los labios del joven.

—Venga por aquí, doctora —dijo—. Me ha costado cinco largos años, pero al fin obtuve el premio el año pasado. Este año, confío, aún será mucho mejor.

Minutos más tarde se detenían ante la entrada de una cúpula, bajo la cual se divisaba una vasta extensión de terreno, de la que nacían unas plantas de aspecto muy peculiar.

—Mi viña, doctora —exclamó él con acento rebosante de orgullo—. Seiscientas cepas de la mejor calidad, que van a producir no sólo el primero sino el mejor de los vinos marcianos.

Alison meneó la cabeza tristemente.

—Lo siento, lo siento infinito, señor Kyffer —dijo—. Traigo órdenes específicas del gobierno de la Tierra con respecto al alcohol y una de ellas se refiere precisamente a su viña. —Lanzó un hondo suspiro *y* añadió—: Resumiendo: tengo el deber de comunicarle, oficialmente por supuesto, comunicación que le entregaré por escrito en otro momento, que debe proceder al arranque de sus cepas.

Kyffer oyó aquellas palabras y se volvió para mirarla con ojos incrédulos. En el rostro de Alison había una grave expresión, que le indicó no hablaba en broma.

De pronto, por encima del hombro de la joven, vio un rostro que les miraba desde el otro lado de la cúpula, en el exterior.

Momentáneamente, olvidó sus problemas y lanzó un grito que no pudo contener:

—¡Ahí, doctora! ¡Mírelo, Sendryk está fuera!

CAPÍTULO V

Alison se sobresaltó al oír gritar a su interlocutor y más porque le decía algo que no estaba relacionado con el tema que trataban. Dio un pequeño respingo y volvió la cabeza.

—¿Dónde está ese hombre? —exclamó.

Kyffer parpadeó. Durante unos segundos había desviado su mirada para dirigirla al rostro de la joven, pero ese cortísimo espacio de tiempo había sido suficiente para que el rostro de Sendryk desapareciera del lugar en que acababa de verle.

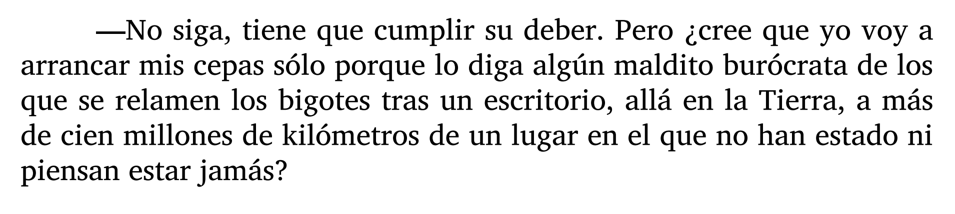
Sin embargo, el exterior, debido a las luces de las cúpulas, quedaba iluminado hasta cierta distancia. Desde el lugar en que se encontraban debería haber visto a Sendryk escapar a la carrera, y no había sido así. El extraño individuo había desaparecido instantáneamente y no se veía el menor rastro de él, ni tampoco había en las cercanías lugares donde poder esconderse.

—¿Dónde está, señor Kyffer? —insistió Alison. Kyffer torció el gesto. —Doctora...

—Tiene usted los nervios alterados y lo encuentro lógico. Quizás el reflejo de alguna de las lámparas le hizo creer que veía a ese singular individuo. Pero volvamos al tema que nos interesa.

—¿Le interesa a usted especialmente? —preguntó el joven en tono agresivo, tras decidir dejar en segundo término el asunto de Sendryk.

—Como funcionaría del gobierno...



—No siga, tiene que cumplir su deber. Pero ¿cree que yo voy a arrancar mis cepas sólo porque lo diga algún maldito burócrata de los que se relamen los bigotes tras un escritorio, allá en la Tierra, a más de cien millones de kilómetros de un lugar en el que no han estado ni piensan estar jamás?

—Siento mucho todo lo que sucede, señor Kyffer, pero yo no puedo hacer nada por evitarlo. Trate de comprenderme, se lo ruego.

—Está bien, supongamos que actúa por deber. Pero ¿qué utilidad puede tener arrancar seiscientas cepas? No hay otras en Marte…

Alison inspiró con fuerza y sus senos se marcaron reveladores bajo la liviana blusa que vestía.

—Es hora ya de que sepa la verdad —dijo—. Dentro de pocos días se promulgará una ley, que entrará en vigor a las veinticuatro horas. En Marte se va a prohibir la venta y consumo de alcohol, salvo para usos medicinales.

Kyffer se quedó estupefacto al oír aquellas palabras.

—¿He oído bien? —dijo.

Ella movió la cabeza afirmativamente, repetidas veces.

—Sí, ha oído bien. No hay el menor error en mis palabras.

El joven se pasó una mano por la cara.

—Quieren implantar de nuevo la ley seca…

—Le aseguro que no he tenido arte ni parte en este asunto. Sólo soy una funcionaría, enviada aquí en viaje de inspección. En fin, todo esto me resulta tan desagradable como a usted…

—¡No diga tonterías, doctora! —bufó el joven—. Usted no se ha pasado cinco años trabajando doce y a veces catorce horas diarias, para conseguir ciertos resultados. Es igual, no quiero seguir, porque no lo comprendería, pero sí me permitirá que le diga una cosa.

—Por supuesto, señor Kyffer.

—Hace unos cuatrocientos años, un gobierno terrestre implantó la misma medida. El resultado fue un espantoso aumento de la delincuencia, sin que se consiguiera que la gente dejase de beber.

—Estoy informada. He leído la historia de los turbulentos años de aquella época —manifestó Alison.

—No se pueden promulgar leyes impopulares, que la gente no está dispuesta a acatar. Bien, arranque mi viña y prohiba la importación de licores, auténticos o sintetizados y, ¿sabe lo que pasará?

—Dígamelo, se lo ruego.

—Se construirán alambiques y se instalarán destilerías clandestinas, en donde se fabricará alcohol de trigo, de maíz, de las frutas que se cultivan aquí, de patata o de corteza de patata, de mil porquerías… con el resultado de que la gente beberá más y se instaurará una época de disturbios, como jamás se ha conocido en un planeta donde no se ha producido jamás una guerra, al contrario que en la Tierra. No, una simple ley no bastará para quitar a la gente la sed de alcohol, sino que la aumentará más todavía. ¿Lo ha comprendido?

—Son otros tiempos…

—El ser humano es siempre el mismo, sobre todo desde que descubrió lo bien que sabía el líquido obtenido por la simple operación de exprimir unos granos de uva.

—Me lo supongo, pero el gobernador evitará todo tipo de incidentes, señor Kyffer.

—Sí, claro, pero eso supone un aumento de fuerzas policiales… aumento de impuestos, en suma, y eso al ciudadano de Marte no le va a gustar, téngalo por seguro.

—Yo no puedo hacer nada al efecto, señor Kyffer —se defendió ella.

—Doctora, tengo la impresión de que la han enviado aquí en una sucia jugada política, para conseguir la dimisión de Donneugh. Sin saberlo, está haciendo el juego a unos desaprensivos que…

—¡Yo no soy peón en el juego de nadie! —protestó Alison indignadamente—. Todo lo que usted dice son suposiciones sin fundamento. Mi misión en Marte consiste en hacer una inspección de sanidad, relacionada con el consumo de alcohol. Enviaré mi informe y el gobierno de la Tierra decidirá.

—Ese gobierno ha tomado ya su decisiór, doctora —dijo él con amargura. De pronto, desafiante, leve itó el mentón—.Pero nadie arrancará mis cepas, puede tenerlo por seguro. Las defenderé... al precio que sea, ¿me ha oído?

—Cometerá una imprudencia al desafiar la ley.

—Estoy dispuesto a todo, doctora.

Hubo un momento de silencio. Luego, Alison echó a andar hacia la casa.

—Debo regresar a Terraport —dijo con voz neutra.

—Lo siento, pero no podré acompañarla. Tengo trabajo, doctora.

Alison, sorprendida, se volvió hacia él. —Pero yo creía que...

—Puede que le parezca descortés, pero después de lo que he oído, no quiero permanecer junto a usted más que el tiempo estrictamente necesario. Sin embargo, no debe apurarse. ¿Sabrá usted pilotar mi automóvil?

—Si, por supuesto.

—Se lo dejaré programado para el regreso, de modo que vuelva automáticamente, una vez que haya desembarcado en Terraport. El ordenador de rumbos sabrá «leer» las indicaciones de los hitos que hay cada cien metros en la carretera y el vehículo se detendrá por sí solo al llegar a la granja.

—Está bien, señor Kyffer. De todos modos, deje que le diga me siento muy agradecida por su hospitalidad.

El joven no contestó.

Mientras ella preparaba su exiguo equipaje, Kyffer fue al cobertizo donde guardaba su todo terreno y programó en el ordenador las indicaciones necesarias para un regreso sin inconvenientes.

Alison apareció a los pocos minutos, adecuadamente equipada. Parecía muy turbada.

—Señor Kyffer, no sé qué decirle...

—No se moleste, doctora. Ya nos hemos dicho todo —cortó él

secamente.

Alison ya no añadió una palabra más; subió al vehículo, cerró la esclusa y lo puso en movimiento.

Kyffer quedó en el mismo sitio, contemplando las luces de cola del vehículo hasta que las vio perderse en la penumbra marciana. Luego levantó la vista hacia el Sol, un pálido disco amarillo, con el diámetro aparente de la cabeza de un alfiler, que brillaba impasible a cien kilómetros de millones de kilómetros de distancia.

—El hombre no ha cambiado nada desde que dejó de andar a gatas y se puso en pie —masculló disgustadamente—. Unos sienten el ansia de mandar sobre otros, sin preocuparse de las opiniones de éstos...

Meneó la cabeza. Se avecinaban tiempos muy duros para los marcianos descendientes de terrestres, vaticinó amargamente.

Luego se preguntó si habría alguna solución para aquel problema, pero tuvo que reconocer que no encontraba ninguna idea viable.

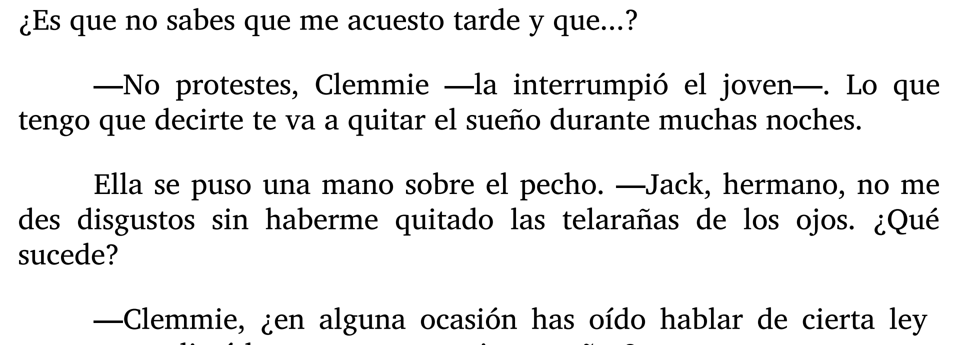
De pronto pensó que acaso otras personas podrían darle ideas nuevas sobre el particular. Por el momento, los proyectos terrestres eran algo secreto. Nadie sabía una palabra sobre el particular, pero Kyffer conocía a una persona que tal vez podía aconsejarle sobre un tema tan poco agradable.

Un par de minutos más tarde, se hallaba sentado ante su consola de comunicaciones que, lógicamente, disponía de pantalla de televisión.

* * *

Envolviendo el cuerpo opulento en una aparatosa bata de encajes, Clemmie se acercó a su videófono y dio el contacto.

—¿Quién es el maldito hijo de perra que me despierta a estas horas de la mañana? —exclamó, visiblemente encolerizada. Vio el rostro de Kyffer en la pantalla y lanzó un bufido de disgusto—: ¡Jack, el diablo te lleve por haberme despertado en lo mejor de mi sueño!



¿Es que no sabes que me acuesto tarde y que...?

—No protestes, Clemmie —la interrumpió el joven—. Lo que tengo que decirte te va a quitar el sueño durante muchas noches.

Ella se puso una mano sobre el pecho. —Jack, hermano, no me des disgustos sin haberme quitado las telarañas de los ojos. ¿Qué sucede?

—Clemmie, ¿en alguna ocasión has oído hablar de cierta ley seca que se dictó hace unos cuatrocientos años?

La joven guardó silencio unos segundos. Luego, con voz temblorosa, dijo:

—No... no me digas que eso... eso va a suceder aquí...

—Lo siento, pero así es, tesoro..

—¡Pero eso es absurdo! ¡Un disparate, una locura, una salvajada! ¡Yo tendré que cerrar el negocio! ¡Nadie querrá venir a gastarse un centavo marciano a un lugar donde sólo le van a servir agua del grifo!

—Mi caso es aún peor que el tuyo, y yo no pienso solamente en mis pérdidas económicas. Contigo podría haber ganado mucho dinero, pero ése es un sueño del que ya nos podemos despedir.

—¿A qué te refieres, Jack? Las carnes me tiemblan como gelatina; aunque, ¿qué cosa peor puede ya impresionarme que lo que me acabas de decir?

—Clemmie, ¿cómo encontraste mi vino?

—¡Delicioso! Por supuesto, los he bebido mejores en la Tierra, pero teniendo en cuenta que acabas de empezar como cosechero y criador, los resultados pueden calificarse de satisfactorios.

—Te enviaré unas cuantas botellas antes de que me obliguen a romper el resto de las que tengo almacenadas. —Ah, saben que tú...

—Todavía hay más. Tendré que arrancar todas mis cepas.

—¡Jesús! —se espantó la joven—. Eso es algo salvaje, bestial; no tiene nombre...

—Por eso te he llamado. La noticia no se ha divulgado todavía,

pero pronto se hará pública.

—Habrá motines, Jack —profetizó Clemmie—. A la gente no le gustará que los malditos políticos de la Tierra interfieran en el gobierno de Marte. Esto no es cuenta suya y tú lo sabes.

—Según la ley, tienen derecho a intervenir en ciertos asuntos marcianos. Temo que no podremos evitarlo. —Por la fuerza, si, Jack.

—¿Por la fuerza? Oh, claro que sí; el mismo gobernador podría encabezar una sublevación y, ¿qué pasaría entonces?

La Tierra suspendería todas sus exportaciones y hay algunas cosas sin las que no podemos pasarnos.

—Hay granjas suficientes para alimentar a toda la población marciana sin tener necesidad de recurrir a esos bastardos terrestres.

—Clemmie, no te muestres heroica. Necesitamos cierta maquinaria, ciertas herramientas; hay útiles que no se pueden fabricar en Marte. No hay una sola mina de hierro ni de carbón... ¿Cómo podríamos montar aquí un alto horno para la fundición del hierro? ¿Y la maquinaria de precisión? Si empiezo a citarte las cosas que no podemos conseguir aquí, no acabaría en todo el día.

—Eso es cierto —reconoció la joven—. Pero ¿qué podemos hacer?

—Precisamente yo te había llamado a ti para lo mismo. Esperaba que me dieras algún consejo, Clemmie.

—¿Consejos yo? Pobre de mí, no soy más que una infeliz mujer, que no sabe ver más allá de sus narices. ¡Pero la Tierra no puede prohibir...!

—Clemmie, el alcohol es cosa de la Sanidad y allí son muy estrictos en este aspecto. La Sanidad interior, por supuesto, depende de Donneugh, pero los marcianos que viajan a la Tierra son muy numerosos. Inmediatamente prohibirán esos viajes, ¿comprendes?

—En resumen, nos tienen agarrados por el pescuezo y no podemos soltarnos.

—Por desgracia, así es, aunque quizá encontremos alguna solución... No sé, a mí no se me ocurre ninguna idea. Si la encuentras tú, avísame de inmediato. Llevaré un avisador automático para poder

contestarte, aunque esté en el otro extremo de las cúpulas.

—Tú tendrás que arrancar tus cepas…

—No sé si podré resistirlo. No sé siquiera si obedeceré la orden o la emprenderé a tiros con los que vengan aquí a hacer cumplir esa ley disparatada. Me siento muy desgraciado, Clemmie.

—Lo siento, Jack. Dime una cosa: la doctora esa que ha venido de la Tierra, ¿tiene algo que ver con este asunto?

—¿Cómo lo sabes? —se sorprendió él.

Clemmie lanzó una risita.

—Aquí se oyen muchas cosas, Jack; debieras saberlo —respondió.

—Bueno, ella es una funcionaría de Sanidad. Tiene que cumplir con su deber…

—Un deber repugnante —calificó la joven—. Bien, gracias por haberme llamado… y no te olvides de enviarme tus últimas seis botellas.

—Lo tendré en cuenta. Adiós, Clemmie.

Kyffer cortó la comunicación y se sintió muy afligido. No pensaba solamente en él, sino en la cantidad de problemas que iban a surgir en Marte apenas se promulgase la prohibición.

—La segunda prohibición —murmuró.

Levantó la vista y miró a través de la ventana. Al fondo, pudo distinguir la llanura cubierta de hojas verdes de las cepas, cuyo fruto estaba a punto de madurar. Pronto podría iniciar la cosecha…

«Si me dejan», pensó amargamente.

De repente vio algo que le dejó estupefacto.

Sendryk se paseaba tranquilamente por el viñedo, contemplando las cepas con aire de curiosidad.

—¿Cómo diablos ha podido entrar aquí? —barbotó Kyffer, a la vez que se ponía en pie.

Las alarmas de la esclusa habrían sonado si alguien hubiese pretendido entrar sin permiso. Era un sistema permanentemente conectado, pero que no funcionaba cuando las compuertas se abrían mediante los mecanismos correspondientes, tanto desde el exterior como desde el interior. Y sin embargo, aquel misterioso individuo estaba allí…

—Como si se hubiera filtrado a través de las paredes —dijo entre dientes.

Pero sabía que esto era imposible. Decidido a solucionar aquel enigma, Kyffer corrió hacia la puerta de la casa.

Cuando llegó al viñedo, Sendryk había desaparecido.

Y no pudo encontrarlo por ninguna parte, a pesar de los esfuerzos que realizó.

Hondamente preocupado por la serie de problemas que se habían abatido sobre él de forma tan repentina, procuró que el trabajo le hiciera olvidar todo por el momento. El tiempo transcurrió casi sin darse cuenta, pero de pronto, apenas llegado el mediodía, vio con asombro que su automóvil estaba llegando a las inmediaciones de las cúpulas.

Intrigado, se equipó adecuadamente. Tal vez Alison había tomado alguna decisión desconocida y había decidido volver a la granja para comunicársela, antes de regresar a Terraport. Quería saber lo que pensaba la joven doctora, pero cuando entró en el vehículo se la encontró en un estado indescriptible.

CAPÍTULO VI

Alison yacía inconsciente en el suelo, al pie de una de las literas, completamente desnuda y con evidentes señales de haber sido bárbaramente atacada. Tenía un ojo amoratado, equimosis en un pómulo y en el mentón, y varias señales más de golpes y arañazos en distintas partes del cuerpo.

Sus ropas estaban desgarradas y esparcidas por el interior del vehículo, en el que se observaban además señales de un desorden de origen inexplicable. Kyffer no comprendía cómo había sucedido aquello, pero debía hacer algo sin pérdida de tiempo.

Primeramente, llevó el vehículo al cobertizo, a presión normal. Inmediatamente envolvió el cuerpo de Alison en una de las mantas del equipo del automóvil y, alzándola en brazos, la llevó a su propio dormitorio, procurando realizar el traslado con la mayor suavidad posible, a fin de evitar causarle más daños. Ella seguía inconsciente cuando el joven la acostó en su propio lecho. No había sido afectada por bajas temperaturas ni falta de oxígeno, de modo que por esta parte no había que sentir temor alguno.

Pero podía tener lesiones internas y ello podía resultar grave. Kyffer no dudó en tomar una decisión en el acto.

Sin perder un solo segundo, fue a la consola de comunicaciones y conectó el transmisor para pedir un médico.

—Lo necesito con urgencia —dijo a la central—. Una persona ha sido atacada y se halla en grave estado. No tiene heridas de bala, pero sí varias contusiones, algunas de las cuales pueden ser graves. Incluso puede que tenga fractura de huesos.

Anticipaba alguno de los daños sufridos por Alison, a fin de que el médico tuviera una idea del estado de la paciente. Al terminar dio las coordenadas de su granja, su cifra de código y añadió también la de la cuenta bancaria. Luego fue a la cocina y puso agua a calentar.

—Tendría que construir una cúpula con ambiente tropical y plantar un cafetal —murmuró, pensando en que cada gramo de café llegado de la Tierra valía su peso en oro.

Volvió a su dormitorio. Alison daba señales de recobrar el conocimiento y se agitaba en la cama, a la vez que pronunciaba frases incoherentes. Al cabo de unos momentos, y mientras él procuraba tranquilizarle, Alison abrió los ojos.

Lo primero que hizo fue cubrirse la cara con las manos.

—No me peguen más, por favor...

—Cálmese, doctora, está en casa de un amigo —dijo el joven—. No tema; nadie la va a golpear más. Soy Jack Kyffer. ¿Me recuerda?

La memoria empezó a funcionar en Alison.

—¿Dónde estoy? —preguntó débilmente.

—En mi casa. Soy Jack Kyffer, el granjero. ¿No se acuerda de mí?

—Sí... Oh, gracias, señor Kyffer... Me duele todo el cuerpo...

—No hable, doctora. Procure relajarse y piense que ya no va a sufrir más daños. He pedido un médico y... Pero aguarde un momento; voy a traerle café y eso le sentará bit

Kyffer fue a la cocina y agregó al café una generosa dosis del coñac sintético que guardaba para las ocasiones. Sentado junto a la cama, pasó un brazo por debajo de sus hombros y la hizo incorporarse un poco para que tomase el café a pequeños sorbos.

Los colores volvieron poco a poco al rostro de la joven. Al terminar, se dejó caer sobre las almohadas y cerró los ojos.

—No sé cómo sucedió... —dijo al cabo de unos momentos—. Encontré a dos hombres en el camino... Dijeron que su coche se había averiado y debía de ser cierto, porque lo vi a unos pasos, fuera, con las luces apagadas... Naturalmente, me brindé a llevarles hasta Terraport...

—Sin duda fueron los que la atacaron —manifestó Kyffer.

Alison hizo un leve gesto de asentimiento.

—Sí. Apenas habían transcurrido cinco minutos desde su entrada a bordo, cuando uno me propuso ir con él a las literas, ya puede imaginarse con qué objeto. Por supuesto, yo me negué, y entonces él se arrojó sobre mí, junto con su compañero. Los dos

empezaron a darme de golpes, a la vez que proferían espantosas palabrotas. Creo que perdí el sentido parcialmente, pero pude darme cuenta de que me rasgaban las ropas...

Kyffer se sintió presa de una vivísima indignación. Sin duda aquellos dos desalmados habían consumado el ultraje. Habría que perseguirlos, acusándolos de uno de los peores delitos que se podían cometer en Marte, y tan raro, que él no recordaba haber oído jamás la detención de un individuo por dicho motivo.

—No siga —dijo—. Evite fatigarse, doctora.

—Ya me encuentro mucho mejor, aunque tengo todo el cuerpo como si me hubieran dado una paliza —Alison trató de sonreír—. En realidad, así ha sido. Bien, de repente, no sé qué pasó... Los dos hombres se asustaron por algo y echaron a correr hacia la compuerta, sin llegar a... Bueno, imagíneselo, señor Kyffer.

—Por supuesto, doctora. Pero usted ha vuelto aquí. ¿Cómo lo hizo?

—No estoy segura. Hay momentos en que una persona puede actuar sin estar consciente del todo, animada por el deseo de realizar un acto que le resulta conveniente. Creo que rectifiqué el programa del ordenador de a bordo, para regresar a la granja. Sabía que necesitaría asistencia y estaba mucho más cerca de aquí que de Terraport.

—¿A qué distancia se encontró a esos dos tipos?

—Calculo que a unos sesenta kilómetros. No puedo afirmarlo, señor Kyffer, pero no pudo ser mucho más lejos. Había transcurrido un poco más de una hora desde mi partida y mi velocidad era inferior a los sesenta.

—Hizo bien. Ya he avisado a un médico y éste llegará en un aeromóvil, lo que le permitirá viajar a seiscientos por hora, al menos. Ahora una pregunta, por favor, doctora.

Ella se esforzó por sonreír.

—Llámeme Alison —invitó.

—Muy bien —sonrió él—. Si recuerda que mi nombre es Jack... ¿puede describirme a los hombres que la atacaron, Alison?

—Desde luego, no los había visto en mi vida. Uno de ellos era muy alto; en realidad los dos lo eran, pero el primero parecía un Hércules. El otro, más delgado, tenía la cara chupada y la nariz ganchuda.

Kyffer frunció el ceño. ¿Estaba describiendo Alison pe casualidad a los dos tipos de la penitenciaría en la casa de Clemmie Hossen?

—¿Le dieron nombres?

—Smith y Jones.

—Se llaman de una forma muy distinta, si es que son los mismos en los que estoy pensando —dijo el joven—. El forzudo es Río Hommer. El otro es Tuddo Ealy.

Alison se incorporó sobre un codo.

—¿Debo deducir que los conoce usted?

Kyffer la empujó con una mano para que volviera a tenderse.

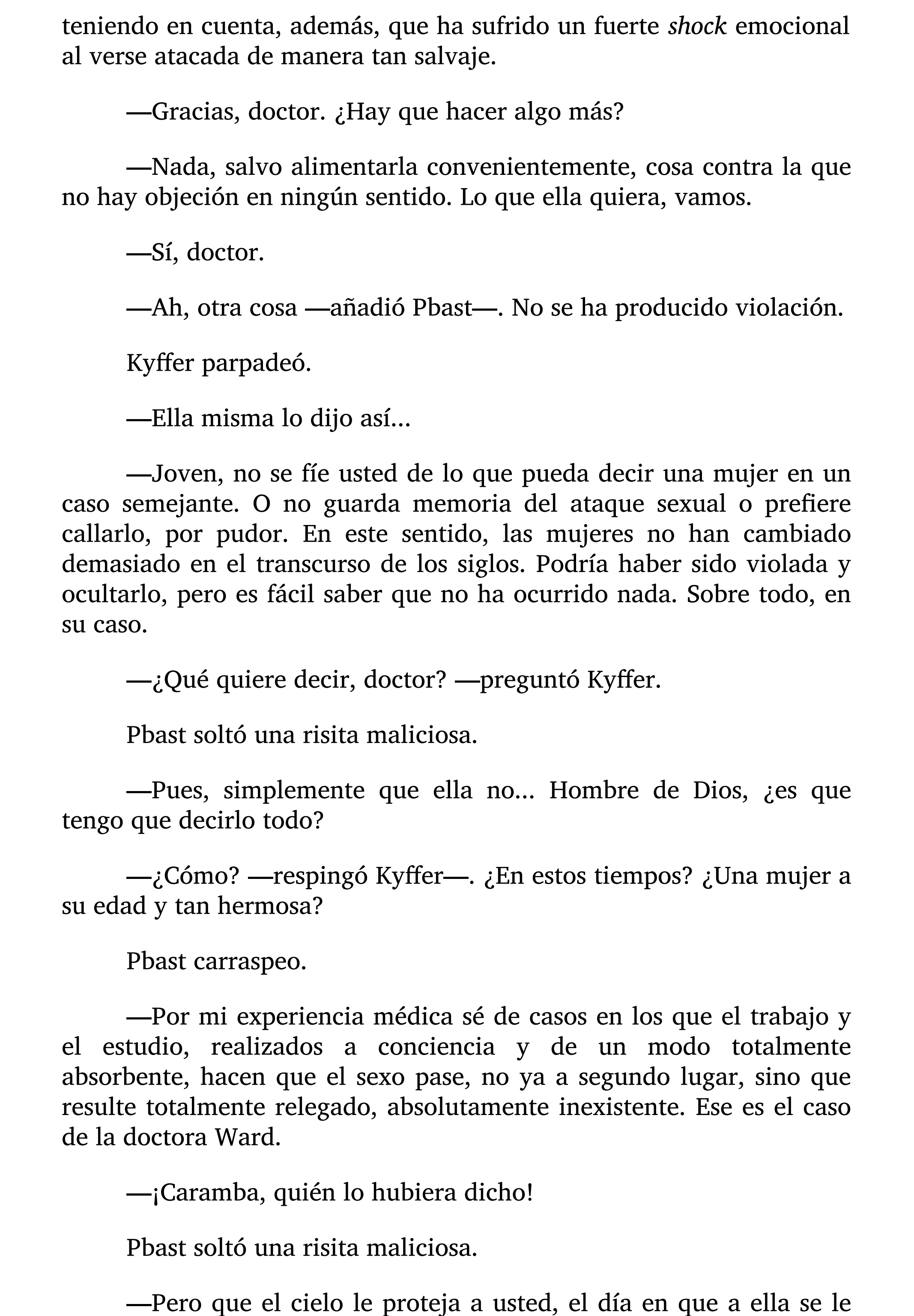
—Ya hemos hablado bastante —dijo—. El médico ya no puede tardar y pronto sabremos a qué atenernos.

Ella sonrió suavemente y, como si se sintiera muy fatiga da y quisiera dormir, cerró los ojos. Kyffer salió de la estancia, para disponerse a recibir al médico, que ya no podía tardar mucho en llegar.

* * *

El doctor Pbast salió de la estancia, con el maletín en la mano, y se encaró con el joven.

—Ella está bien —dijo—. Ha recibido una serie de golpes, duros, que le han causado dolor, pero nada más, salvo una leve fisura en una costilla, que he reducido mediante la aplicación de cinta adhesiva. Como también es médico, ella misma sabrá cuándo debe quitarse el vendaje. De todas formas, esta noche seguirá sintiendo dolores, por lo que le he prescrito un sedante suave para que pueda dormir bien,



teniendo en cuenta, además, que ha sufrido un fuerte *shock* emocional al verse atacada de manera tan salvaje.

—Gracias, doctor. ¿Hay que hacer algo más?

—Nada, salvo alimentarla convenientemente, cosa contra la que no hay objeción en ningún sentido. Lo que ella quiera, vamos.

—Sí, doctor.

—Ah, otra cosa —añadió Pbast—. No se ha producido violación.

Kyffer parpadeó.

—Ella misma lo dijo así...

—Joven, no se fíe usted de lo que pueda decir una mujer en un caso semejante. O no guarda memoria del ataque sexual o prefiere callarlo, por pudor. En este sentido, las mujeres no han cambiado demasiado en el transcurso de los siglos. Podría haber sido violada y ocultarlo, pero es fácil saber que no ha ocurrido nada. Sobre todo, en su caso.

—¿Qué quiere decir, doctor? —preguntó Kyffer.

Pbast soltó una risita maliciosa.

—Pues, simplemente que ella no... Hombre de Dios, ¿es que tengo que decirlo todo?

—¿Cómo? —respingó Kyffer—. ¿En estos tiempos? ¿Una mujer a su edad y tan hermosa?

Pbast carraspeo.

—Por mi experiencia médica sé de casos en los que el trabajo y el estudio, realizados a conciencia y de un modo totalmente absorbente, hacen que el sexo pase, no ya a segundo lugar, sino que resulte totalmente relegado, absolutamente inexistente. Ese es el caso de la doctora Ward.

—¡Caramba, quién lo hubiera dicho!

Pbast soltó una risita maliciosa.

—Pero que el cielo le proteja a usted, el día en que a ella se le despierten ciertos apetitos... biológicos.

—¿A mí? —se sorprendió Kyffer.

—A usted... o al que la conquiste. Bien; amigo, no puedo entretenerme más. Pasaré la nota de gastos a su cuenta bancaria. Adiós.

Kyffer se quedó solo, un tanto sorprendido por las declaraciones del galeno. Al cabo de un momento, acabó por encogerse de hombros.

Encontraba lógico el informe médico sobre ciertos aspectos de la joven. Recordando su frialdad, pero también su energía y obstinación en determinadas cuestiones, le parecía natural que Alison hubiera postergado el amor de una forma total.

—Lo borró de su mente como un estado anímico totalmente indeseable —dijo entre dientes.

Al cabo de unos momentos, se asomó a la habitación.

—El doctor Pbast me ha dado excelentes noticias, Alison —sonrió.

Ella hizo un gesto con los párpados.

—Empiezo a sentirme mejor, gracias —contestó.

—Voy a prepararle algo de comer. Luego le daré el sedante, para que pueda dormir bien toda la noche.

Kyffer fue a la cocina y empezó a trastear con los cacharros y las sartenes. Una vez más pensó en Hammer y Ealy.

¿Por qué, si habían sido rivales, se habían aliado para atacar a Alison?, se preguntó. ¿O la pendencia de la casa de Clemmie había sido una comedia?

En tal caso, no entendía el sentido ni los objetivos de la comedia. Pero aún entendía menos las causas por las cuales habían atacado a Alison, y presentía que no era debido a un motivo exclusivamente sexual.

Había algo más en el fondo de aquel asalto, pero no se sentía capaz de concebir una idea que le diera la solución de aquel enigma.

CAPÍTULO VII

Alison dormía apacible, con un sueño regular y sin alteraciones, que le permitió sentirse libre de cuidados durante mucho tiempo. Cuando vio que la joven descansaba sin temores, fue al cobertizo y examinó atentamente las grabaciones de rumbos del ordenador del automóvil.

El ataque se había producido a sesenta y tres kilómetros y cuatrocientos metros de la granja. Inmediatamente, puso en marcha el vehículo y se encaminó a toda velocidad hacia el lugar donde Alison se había detenido para recoger a dos viajeros, cuyo coche supuestamente se había averiado.

Inmediatamente se apeó. Provisto de una potente linterna, empezó a explorar los alrededores del camino.

Tal como había supuesto, no encontró el vehículo averiado. Pero sí vio señales en el suelo, nítidamente marcadas en un terreno arenoso con toda perfección, sin que hubieran sido alteradas por la lluvia o el viento.

El examen de aquellas huellas le dio una sorpresa. No habían sido dos los viajeros del coche averiado, sino tres. Uno de ellos, evidentemente, se había quedado en el vehículo, esperando a que sus compinches terminaran la labor que debían realizar con la doctora.

«Pero, maldita sea, ¿con qué objeto? ¿Qué finalidad tenía un ataque semejante?»

Le habían dado una paliza y luego habían intentado violarla, aunque no habían llegado a consumar tan abyecto crimen. Repentinamente se habían sentido asustados, aunque Alison no le había confesado los motivos.

Tendría que hablar con ella cuando estuviese en mejores condiciones, decidió al cabo. De pronto vio algo en el suelo que le llamó la atención.

Era un trozo de papel, la mitad de una octavilla aproximadamente, que permanecía en el mismo sitio en que se le había caído a alguno de los tres ocupantes del vehículo sospechoso. Al inclinarse para recogerlo, vio que había una serie de letras y guarismos, en un orden determinado, lo que le hizo saber en el acto se trataba de la cifra clave de un videófono.

Durante unos segundos contempló pensativamente el trocito de papel. De pronto notó cierta alteración en la tenue atmósfera marciana.

A trescientos pasos, se agitó vertiginosamente un cono invertido de arena. El torbellino se desplazó horizontalmente unos cuantos metros y luego se deshizo con tanta brusquedad como se había formado..

Nubecillas de polvo se elevaban de distintos lugares del suelo. Kyffer arrugó el entrecejo.

Sabía lo que predecían aquellas señales. En la granja, los avisadores automáticos le habrían dado la alarma. Un chorro de viento le dio en el rostro, convenientemente protegido, sin embargo.

Se avecinaba una tormenta de viento y arena. Los vientos podían alcanzar velocidades de doscientos cincuenta kilómetros a la hora, y superiores, en algunas ocasiones. Pero él sabía cómo proteger sus instalaciones.

La duda estribaba en saber si llegaría a tiempo. Guardó el papel y se precipitó hacia el vehículo. Inmediatamente lo lanzó hacia adelante a toda velocidad.

De ordinario rodaba a velocidades que oscilaban entre los sesenta y los ochenta kilómetros por hora. El camino no ofrecía tanta seguridad como sería de desear, pero ahora debía afrontar los riesgos, si quería llegar a tiempo.

Su marcha se vio favorecida, en cierto modo, gracias a la dirección de la tormenta, que soplaba a sus espaldas, con lo que la resistencia al avance causada por la gran superficie del vehículo resultó considerablemente aminorada. Al fin, el radar, que había conectado porque las nubes de polvo hacían poco menos que nula la visibilidad, le indicó la proximidad de la granja.

Pero también captó una imagen extraña en la pantalla. Había otro vehículo en las inmediaciones, y estaba seguro de que no era suyo.

* * *

Apenas captó una presencia extraña en el radar, redujo la intensidad de las luces. Luego, guiado por las indicaciones de la pantalla, dirigió su vehículo hacia el sospechoso.

Al cabo de unos momentos, los focos iluminaron el otro coche, parado a unos veinte metros de la primera cúpula. Kyffer apreció que estaba vacío.

¿Dónde se hallaban sus ocupantes?

¿Habían conseguido entrar en la granja?, se preguntó, lleno de aprensiones.

El viento soplaba con fuerza, pero Kyffer sabía por propia experiencia que no había alcanzado todavía su máxima intensidad. Era preciso saber quiénes eran los ocupantes del vehículo y, si habían penetrado en la granja, conocer sus intenciones.

—Suponiendo que no haya llegado tarde —mascculló, mientras saltaba al suelo.

Para evitar la huida de los intrusos, corrió hacia el otro coche y aflojó las válvulas de dos de las ruedas gigantes, cuyas llantas se apoyaron en el suelo casi en el acto. Lanzó los tapones de las válvulas a lo lejos; la bomba de hinchado automática funcionaría, pero el aire seguiría escapándose. Al cabo de un rato, el motor se quemaría y la bomba quedaría inservible.

Luego volvió a su coche y corrió a llevarlo a lugar seguro. A

continuación fue al cuarto de control de la granja y conectó una serie de aparatos que darían seguridad a las instalaciones durante la tormenta.

Tal vez los intrusos estaban bajo las cúpulas, ya que en la casa no había señales de ellos. Aunque nunca lo había utilizado y lo tenía casi como adorno, cogió el viejo rifle terrestre que había pertenecido a su padre y, tras revisar la carga, salió de la casa.

Había examinado las indicaciones del anemómetro. El viento soplaba ya a ciento veinte kilómetros por hora y tenía tendencia a aumentar la velocidad. Con el arma en las manos, recorrió las cúpulas una por una, no sin haber encendido los focos de luz neutra. De pronto vio una chispa en el otro extremo de la última cúpula.

Había un hombre al otro lado, provisto de un pequeño pero potente soplete, con el cual trataba de practicar un agujero en la cúpula. El individuo no se había percatado de su presencia todavía.

Kyffer corrió unos cuantos pasos y luego tomó puntería. Apretó el gatillo, justo en el momento en que la lanza de fuego penetraba en el interior.

La bala pegó en un lado del cilindro de gas y rebotó hacia la tormenta. El hombre, sobresaltado, se irguió y vio al joven que se disponía a hacer fuego por segunda vez.

Inmediatamente lanzó el soplete a un lado y echó a correr. Cometió un terrible error.

La atmósfera permanecía absolutamente tranquila a veinte metros de las cúpulas. Sin darse cuenta de la aterradora tormenta que rugía al otro lado, corrió hacia su vehículo, pero también traspasó la zona de calma.

El viento soplaba con furia indescriptible, desplazando enormes masas de arena, que sin embargo parecían detenerse a prudente distancia de las cúpulas. El hombre llegó a la zona de turbulencias, y, en el acto, se sintió asido por mil brazos invisibles, que lo zarandearon con espantosa violencia.

Kyffer se quedó en el mismo sitio, paralizado por el horror, aunque compadeciendo también al desdichado. Como si fuese una pluma, el hombre se vio irresistiblemente arrastrado por los poderosos torbellinos de viento hacia la oscuridad.

Kyffer lo vio con los brazos extendidos, los pies en ocasiones separados del suelo y las ropas agitadas por un viento que ya superaba los ciento ochenta kilómetros por hora. La fuerza del huracán le había arrancado la máscara respiratoria y su boca se abría en una desesperada súplica de auxilio que ningún poder humano le podía ya conceder.

En unos segundos el hombre se vio irremisiblemente llevado en volandas por la tormenta. Luego desapareció entre las espesas nubes de arena.

El joven permaneció inmóvil durante unos momentos. Pero recordó que el aire se escapaba por el orificio de la cúpula y se dispuso a taponarlo.

* * *

Kyffer tocó con los nudillos, abrió la puerta, sosteniendo la bandeja con una mano y se detuvo en el umbral, sorprendido al ver la cama vacía. Alison salía en aquel momento, cubierto su cuerpo con una sábana, y también se sorprendió al verle.

—Dispense —dijo él—. No sabía que estuviera en el baño. —He estado dándome una ducha —sonrió ella—. Me trae el desayuno, veo.

—Así es. ¿Ha descansado bien?

—Me encuentro mucho mejor. Oiga, ¿no podría prestarme un pijama suyo? Yo me quedé sin ropas, como sabe...

Kyffer dejó la bandeja sobre una mesita.

—Lo siento, doctora —rió—. El pijama es una prenda desconocida en estas latitudes, pero puedo dejarle una camisa y unos pantalones.

Ella se sujetó la sábana.

—Bueno, por el momento puedo comer con este atavío. Jack, ¿qué pasa ahí afuera? Estoy viendo una especie de semioscuridad amarillenta y no consigo adivinar de qué se trata.

—Una tormenta de viento y arena. El anemómetro señala en

estos momentos doscientos sesenta y ocho kilómetros a la hora, y no hay señales de que su velocidad vaya a disminuir.

Alison se quedó con la boca abierta.

—Ha dicho doscientos...

—Doscientos sesenta y ocho —repitió él.

—¿Y no se lleva las cúpulas?

—Eso les ha sucedido a algunos imprudentes y lo han pagado caro, mucho más caro que lo que les hubiera costado una instalación de deflectores electrostáticos. Cuestan mucho dinero, consumen mucha energía, pero confieren una seguridad total y están calculados para velocidades superiores a los seiscientos kilómetros por hora.

—Nunca pude imaginarme una cosa semejante —confesó Alison, sin salir de su asombro.

Kyffer le acercó una silla.

—Empiece a desayunar, es lo que interesa por el momento —sonrió—. La penumbra amarillenta que ve son las partículas de polvo y arena que chocan contra la barrera protectora. Esta actúa a veinte metros de las cúpulas y, más allá, reina la muerte inexorablemente.

Alison se estremeció.

—Una persona, en el seno de esa tormenta, moriría indefectiblemente —dijo.

—Como le sucedió al granuja que me perforó anoche la cúpula del viñedo.

—¿Qué dice? —respingó ella.

Kyffer señaló la bandeja.

—Coma, luego hablaremos —dijo con cierta severidad.

Alison se aplicó a consumir el desayuno. Al terminar lanzó un suspiro de satisfacción.

—Ahora me siento mejor: alimentos naturales...

—Sólo los vegetales. Lo demás es importado en latas o

congelado. Pero algún día tendré gallinas, patos, conejos... Lo primero de todo es conseguir que las plantas y los árboles den fruto. Salvo la viña, claro.

—Lo siento, Jack. No es cosa mía.

—Sí, comprendo.

Hubo un momento de silencio. Luego ella volvió a reanudar la conversación, momentáneamente interrumpida.

—Jack, antes me habló de un hombre que quiso perforar la cúpula y que fue arrastrado por el viento —dijo—. ¿Puedo saber lo que ocurrió?

Kyffer le relató todo lo sucedido, desde el momento en que salió de la granja para buscar huellas de los atacantes de la joven. Alison sintió estupor al enterarse de que los ocupantes del vehículo falsamente averiado habían sido tres.

—El otro quedó oculto y éste, supongo, es el que intentó, y consiguió, todo hay que decirlo, hacer un agujero en la cúpula —manifestó él.

—¿No perdió el aire, como el día en que aquel loco quería destrozar la de Terraport?

—El agujero era relativamente pequeño y yo dispongo siempre, en cada cúpula, de herramientas y material para obturar agujeros. No me costó demasiado, ésta es la verdad, y luego el ordenador transmitió la orden al generador para que repusiera el aire perdido.

—Pero ¿por qué querían hacer una cosa semejante? ¿Qué tenía aquel hombre contra usted?

—Eso es lo que pienso averiguar en cuanto me sea posible —replicó Kyffer—. No obstante, pienso que está relacionado con su presencia en mi casa. Y acaso también con el viñedo.

—¿No serán algunos fanáticos partidarios de la abstención de bebidas alcohólicas?

—Puede que actúen bajo esas premisas, pero al menos los dos que la atacaron a usted gustan de tomar unas copas de cuando en cuando. El viñedo es un pretexto, opino. El fondo de la cuestión está en su presencia, Alison.

—Pero yo sólo cumplo órdenes...

—Y alguien trata de enmarañar más los problemas.

—¿Se le ocurre algún nombre?

Kyffer pensó en el trozo de papel que había encontrado la víspera.

—Por ahora, no —contestó, aunque sabía que era una mentira a medias, porque cuando llamara a aquel videófono podría obtener una pista que le hiciese saber la identidad del hombre que había ordenado atacar a Alison y perforar su cúpula. Aquello, pensó, no era obra de unos tipos sin iniciativas.

Ella parecía muy pensativa.

—Tendría que hablar con el gobernador y contarle lo ocurrido —dijo.

—Es probable que ya lo sepa —apuntó el joven—. El doctor Pbast, que la examinó a usted, habrá informado a la policía del suceso.

—Y no han venido a interrogarme...

—Ignoro los motivos, pero así es, Alison. Sin embargo, lo único que debe preocuparle ahora es terminar su recuperación.

El rostro de la joven se ensombreció.

—Aquellos miserables me asaltaron inicuamente. ¿Quién sabe si llegaron a consumar sus repugnantes propósitos? Yo estaba prácticamente sin conocimiento...

—Puede sentirse tranquila. El doctor Pbast dijo, y perdone la crudeza, que no hubo violación.

Ella le miró y se puso encarnada hasta la raíz del cabello.

—Jack, si no le importa, me gustaría dar de lado este tema —solicitó.

—Como guste, Alison. Pero hay algo que ignoro todavía y que usted mencionó anoche cuando me contaba lo que le había pasado. Hammer y Ealy se marcharon de pronto, asustados por algo. ¿Sabe usted a qué se debía ese temor tan repentino?

Alison hizo un gesto negativo.

—No, en absoluto —contestó—. Les oí proferir exclamaciones de pánico, es todo lo que recuerdo. Hasta que me encontré en su casa no recobré la conciencia plena.

—Tengo una pista y la voy a seguir —dijo Kyffer—. Porque de una cosa puede usted estar segura: los tipos que la atacaron no lo hicieron por propia iniciativa, sino que alguien se lo ordenó y por motivos que todavía no alcanzo a comprender.

—Me deja usted pasmada, Jack. ¿Quién puede ser esa persona?

Kyffer se acercó a la ventana y contempló el muro amarillo que se divisaba a veinte metros de la cúpula.

—Hay alguien interesado en conseguir la dimisión de Donneugh y no vacila en emplear para ello cualquier medio —contestó.

CAPITULO VIII

Esperó a que llegase la noche, al objeto de que Alison se quedase dormida, para hacer algo en lo que había estado pensando durante todo el día. Apenas vio llegada la ocasión, fue al cuarto de comunicaciones y marcó las cifras escritas en el papel que había encontrado y que, sin duda, pertenecía al hombre que había sido arrastrado por la tormenta.

A fin de sorprender al otro, se situó de modo que no pudiera ser visto colocando, además, una cuartilla de papel muy cerca del objetivo de la cámara, para que el comunicante no pudiera captar detalles del interior de la estancia. A los pocos momentos, apareció un rostro en la pantalla.

—¿Eres tú, Pete? ¿Qué diablos pasa que no te veo?

—Creo que me vigilan —respondió el joven, procurando disfrazar la voz—. No quiero que le vean a usted, ¿comprende?

—¿Te vigilan? Lo dudo mucho...

—Más vale ser precavido, jefe.

—Está bien. ¿Qué diablos te ha pasado? Río y Tuddo volvieron hace veinticuatro horas...

—Lo siento, no he podido hacer nada todavía. El tipo tiene la granja muy vigilada, ¿comprende?

—¡Tienes que hacerlo! —aulló el sujeto—. Para eso se te paga, estúpido.

—Las cosas no son tan fáciles como usted cree, jefe.

—¡No me llames jefe, imbécil! ¿Es que no conoces mi nombre?

—Bueno, yo lo hacía por seguridad... No conviene pronunciar nombres en determinadas circunstancias...

—¡Idiota! Todas las líneas son de alta seguridad. La ley prohíbe absolutamente las interferencias y escuchas, de modo que no tienes por qué sentir temor en llamarme por mi nombre.

—¿De veras no le importa?

—¿Cómo diablos he de repetirte las cosas, Pete Fancey? ¡Me llamo Ross Queel, métetelo en tu cabezota de una vez!

—Sí, jefe, digo, sí, señor Queel...

—¡Espera un momento! —dijo el otro súbitamente.

Kyffer contemplaba la pantalla oblicuamente y se dio cuenta de que Queel estaba hablando con otro sujeto. Bruscamente, oyó una horrible maldición.

—¿Estás seguro? —oyó a Queel preguntar a un invisible interlocutor.

—Sí, señor. La tormenta de arena fue anoche una de las peores que se recuerdan.

—Entonces, ¿Pete no pudo hacerlo por la tormenta y no porque Kyffer tenga la granja muy vigilada?

—Exacto... ¡Por todos los diablos, señor Queel! ¡Corte la comunicación! ¡«El» nos está oyendo!

La pantalla se apagó de inmediato. Kyffer sonrió, satisfecho de su truco. Ahora ya sabían que Fancey había fracasado y que él habla adquirido una preciosa información. A Fancey no le verían más y durante un tiempo se sentirían intrigados por las causas de su desaparición.

—Puede que eso les meta el miedo en el pellejo —murmuró.

Al cabo de unos momentos de reflexión, llamó a Clemmie. La joven apareció minutos más tarde en la pantalla.

—¡Jack, qué alegría verte! —exclamó—. ¿Cómo te encuentras? He oído noticias sobre una terrible tormenta...

—La granja está incólume, no te preocupes.

¿Y tú?

—No me encuentro mal del todo. Oye, quiero hacerte una pregunta. Tú conoces a mucha gente...

Clemmie se ahuecó el pelo con coquetería.

—Si, conozco a muchos hombres, pero no todos pueden presumir de lo que tú has conseguido.

—Sólo se presume de algo cuando se hace público, para vanagloriarse del éxito conseguido. Si yo fuese divulgando por ahí lo que sucedió entre ambos, sería un tipo despreciable. Un caballero debe ser siempre discreto, si me entiendes. . Ella se echó a reír.

—Eres adorable, Jack. ¿Cuál es la pregunta?

—¿Conoces a Ross Queel?

Clemmie se puso seria en el acto.

—Un mal bicho —dijo.

—Entonces, lo conoces.

—Sé de él, que no es lo mismo. Nadie sabe de qué vive ni en qué trabaja, pero el dinero no le falta nunca. Llegó a Marte hará unos seis meses y, calculo, es uno de los pocos vagos que viven en Terraport.

—Un tipo ocioso con dinero en los bolsillos, ¿eh?

—Así es, Jack. Pero ¿qué te preocupa de Queel?

—Ya te lo diré en otro momento. Bueno, es hora de meterse en la cama, encanto.

—Solo, supongo.

—Claro.

—Pero tienes compañía.

—¿Cómo lo sabes? —respingó él.

—Hombre, la noticia es de dominio público. Donneugh te pidió que sirvieses de «cicerone» a la doctora Ward. Se hospedará en tu casa, supongo.

—Clemmie, aunque te parezca mentira, tengo que decirte una cosa. La doctora Ward y el sexo son dos elementos absolutamente incompatibles.

—¿Lo has comprobado personalmente? —rió Clemmie.

—¡Ni se me ocurriría! Pero uno tiene cierta experiencia... Bueno, no quiero seguir molestándote más. Gracias por haberme atendido.

—Ya sabes, siempre que quieras. Eh, aguarda un momento, Jack. Estoy viendo a dos tipos que entran ahora en el local. Uno de ellos es Cylander... ¡y Queel viene con él!

Kyffer silbó.

—Eso podría aclarar muchas cosas —murmuró.

—¿Cómo dices?

—Nada, no te preocupes. Atiéndelos lo mejor posible... pero no les pierdas de vista un solo segundo.

—De acuerdo, Jack.

La pantalla se apagó. Kyffer emprendió el camino de su dormitorio, notablemente intrigado por lo que acababa de saber.

¿Qué relación existía entre Queel y el vicegobernador? ¿Cuáles eran sus planes?

Esperaba que Clemmie pudiera decirle algo muy pronto.

* * *

La camarera que atendía a Cylander y Queel acogió su pedido con notable desconcierto.

—¿E... están seguros de que sólo quieren eso? —preguntó.

—Hemos hablado claro, ¿no? —dijo Queel de mal talante—. Traiga lo que le hemos pedido y no se preocupe de los posibles comentarios de la gente.

—Sí, señor... Al momento, señor...

Clemmie observó lo que sucedía y esperó a que la camarera llegase al mostrador.

—Annie, ¿qué diablos pasa con esos dos tipos? —preguntó.

—Señora... Mañana iré a un médico a que me examine el | oído.

—¿Cómo?

—¿Tiene usted noticias de que alguien haya pedido dos vasos de leche en alguna ocasión?

—¡Leche! —resopló Clemmie—. ¡Han pedido leche!

—Sí, señora. No sé si habrá en la casa...

—¡Claro que la hay, en mi refrigerador! Trae una botella y yo misma le serviré el pedido.

Momentos después Clemmie, ante el asombro de los clientes, cruzaba la sala, portadora de una bandeja en la que se veían dos vasos llenos de leche. Impasible, los puso sobre la mesa y dijo:

—La casa invita, señores.

Queel sacó una moneda y la tiró sobre la bandeja.

—No aceptamos sus invitaciones —contestó—. Guárdese la

vuelta.

—Están dando un espectáculo —dijo ella—. ¿Por qué diablos no piden unas copas, como todo el mundo?

—Señora, este infecto negocio se va a acabar muy pronto —intervino Cylander—. No tardará mucho en recibir una orden, clausurando su local… a menos que renuncie a expender bebidas alcohólicas.

—¡Cómo! ¿La ley seca… aquí?

Cylander asintió.

—Puede tenerlo por seguro, señora. Antes de lo que usted cree se habrá prohibido la venta y consumo de toda clase de líquidos que contengan alcohol. Se creará una comisión de control…

—Y ustedes la administrarán a su gusto, ¿verdad? —dijo Clemmie ácidamente.

—Eso ya no es cuenta suya, señora —respondió Queel con brusquedad.

Clemmie puso una mano en la mesa y otra en su opulenta cadera.

—¿Qué es cuenta suya, conato de simio? ¿Tampoco es cuenta mía el asunto que se trae entre manos con Jack Kyffer?

Queel enrojeció visiblemente. Era un hombre muy pequeño, de metro y medio escasamente, y con un rostro horriblemente feo. Al oír las palabras de la joven fue a levantarse, pero Cyiander le contuvo con un gesto.

—Déjala, Ross. Tiene derecho a expresar su opinión —sonrió untuosamente—. Por ahora, no necesitamos más, señora.

Clemmie entendió la indirecta.

—Ojalá esa leche se les ponga agria en la tripa —se despidió.

Al quedarse solos, Cylander y Queel cambiaron una mirada de inteligencia.

—Creo que deberíamos taparle la boca —dijo el primero entre dientes.

—Deje que yo me ocupe del asunto, Markus. —Es muy amiga de Kyffer...

—Razón de más para quitaría de en medio. Pero antes me pagará lo que ha dicho —manifestó Queel con acento de odio infinito.

* * *

A la madrugada, cuando Clemmie dormía apaciblemente, dos enmascarados penetraron en su alcoba y, después de taparle la boca, se la llevaron sin que ella pudiera oponer la menor resistencia.

Una hora más tarde, Queel se levantó satisfecho y la señaló con el dedo.

—¿A quién le corresponde el turno? —preguntó. Hammer soltó una risita. —Yo seré el segundo, jefe.

—Tú después, supongo —dijo Queel. dirigiéndose a Tuddo Ealy, también presente.

—¡No me lo perdería por nada del mundo! —exclamó ardorosamente el interpelado.

Clemmie no estaba en condiciones de resistirse a los brutales asaltos de que era objeto. Con el rostro tumefacto y los labios agrietados, carecía ya de fuerzas para gritar y se sometía pasivamente al bestial ultraje.

Vagamente se daba cuenta de que. estaba en un automóvil, fuera de Terraport, pero no hubiera podido decir la distancia ni el lugar en que se hallaba. Oleadas de dolor iban y I venían por su torturado cuerpo y, en los raros momentos de lucidez, pensaba que debía soportar todo cuanto le fuera posible y que ya le llegaría la hora de la venganza.

El lóbulo de la oreja izquierda estaba desgarrado y la sangre había corrido por el cuello, pero eso no había detenido a sus atacantes. Al fin, mucho rato más tarde, Queel dio por terminada la sádica tarea.

—Acabemos de una vez —dijo.

El vehículo se había detenido en lugar seguro, lejos de los

caminos ordinarios. Dos pares de manos arrastraron a Clemmié hasta la esclusa. Ella gritó al comprender la horrible suerte que le esperaba, pero sus verdugos no tuvieron compasión.

Clemmie voló por los aires tres metros y chocó contra el inhóspito suelo marciano. El espantoso frío del ambiente penetró rápidamente en sus huesos y la falta de oxígeno hizo el resto con misericordiosa rapidez.

CAPÍTUO IX

Alison se hallaba junto a la esclusa y, al entrar en la cúpula, Kyffer se sorprendió de verla allí.

—Parece que se encuentra mejor —sonrió.

Ella se señaló las ropas que cubrían su esbelto cuerpo.

—Tengo que llevarlas puestas hasta que llegue a Terraport —contesto.

—Ah, parece que ya quiere volver...

—Si no le importa, claro.

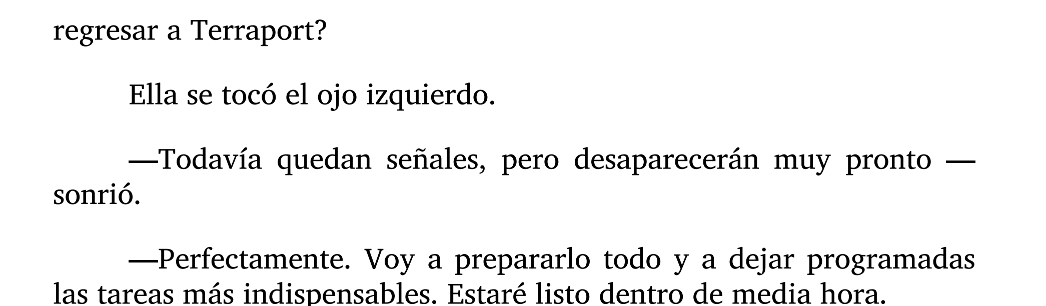
—A su gusto, Alison.

—Jack, no quisiera causarle más molestias...

—Todo lo contrario. Si hay alguien que debe disculparse soy yo, por haber sido el causante de cosas tan desagradables.

—Usted no fue el culpable de lo ocurrido —protestó ella.

—Está bien, Alison, dejémoslo por el momento. ¿Está decidida a



regresar a Terraport?

Ella se tocó el ojo izquierdo.

—Todavía quedan señales, pero desaparecerán muy pronto —sonrió.

—Perfectamente. Voy a prepararlo todo y a dejar programadas las tareas más indispensables. Estaré listo dentro de media hora.

En el plazo señalado, el automóvil emprendió la marcha con dirección a Terraport. A los pocos momentos, Alison formuló una pregunta:

—Jack, ¿qué hacía antes fuera de las cúpulas? Si no es indiscreción, naturalmente.

—Todo lo contrario —repuso él—. Estaba examinando los resultados de crecimiento de ciertas plantas.

—¡Pero los vegetales no pueden vivir en el exterior! —se sorprendió Alison.

—Ya lo sé. Sin embargo, estamos haciendo experimentos con determinadas especies, en las que se han introducido mutaciones genéticas, al objeto de experimentar su supervivencia en lugares con un mínimo de atmósfera, como Marte. Las especies elegidas pertenecen a las coníferas, de las más resistentes en la Tierra, aunque no se puede decir que hayamos obtenido grandes éxitos hasta ahora.

—Quieren plantar pinos en la superficie de Marte —dijo ella, atónita.

—No sé si lo lograremos o no, pero debemos intentarlo. Alison, usted sabe que las plantas, mediante la fotosíntesis, absorben el carbónico de la atmósfera y despiden oxigeno.

—Sí, es algo elemental, Jack —convino la joven—. Por tanto, quieren probar si en Marte…

—Es posible que cosechemos más fracasos que éxitos, pero no debemos desanimarnos. Quizá algún día Marte esté cubierto de verdor, y donde hay vegetales, habrá lluvias, y agua, y ríos y hasta mares…

—Costará siglos, Jack.

—Por eso debemos empezar cuanto antes, Alison —dijo él, riendo—. En serio, si esa tarea no se inicia nunca, Marte continuará siendo un mundo poco acogedor, pese a los adelantos conseguidos hasta ahora. Recuerde que estamos aquí porque, hace treinta o cuarenta mil años, un ser humano tuvo la idea de construir una rueda con el tronco de un árbol aserrado transversalmente. Y otro consiguió encender fuego sin esperar al rayo...

—Evidentemente, me ha convencido —sonrió la joven—. Pero siempre hará falta un sol... y el nuestro está demasiado lejos.

Kyffer señaló con la mano hacia lo alto.

—Marte tiene dos satélites. Existe el proyecto de «incendiar» uno mediante procedimientos nucleares. Es decir, se convertirá en una diminuta estrella, que irradiará luz y calor durante millares de años. Entonces, las condiciones ambientales habrán cambiado sustancialmente y Marte llegará a ser una segunda Tierra.

—No lo veremos nosotros, Jack.

—Nunca se debe trabajar exclusivamente para sí mismo, sino también para nuestros descendientes —contestó él con aire sentencioso.

Alison se retrepó en su asiento, profundamente pensativa. Sí, un día el hombre lograría cambiar el clima de Marte, dotarlo de una atmósfera perfectamente respirable, darle luz y calor... Las tierras se cubrirían de verdor, correrían los ríos, se formarían lagos y mares... Quizá pasaran siglos antes de que se vieran los resultados, pero el joven tenía razón: era preciso empezar la labor cuanto antes.

Lo malo era que a ella le habían encomendado una tarea no precisamente agradable y de signo más bien negativo. Pero tenía que hacerlo aunque no le gustase, decidió al cabo.

* * *

Durante el trayecto, Kyffer le explicó todo lo que había llegado a saber. Alison se sintió profundamente preocupada.

—¿Cree que me están utilizando para sus fines? —preguntó.

—No estoy seguro, no me encuentro en condiciones de lanzar una acusación en firme. Pero antes quiero hablar con la joven que le he mencionado. Y si es preciso, hablaré también con Donneugh, cuyo prestigio puede ser atacado, pero que es indiscutible. Alison, en un mundo donde vivimos en paz, ¿por qué introducir la semilla de la discordia en forma de ley seca?

—Bueno, siempre resultaría beneficiosa...

—Le dije en una ocasión que las leyes impopulares no se acatan jamás. Y eso es lo que ocurrirá, créame. Pero también alguien saldrá enormemente beneficiado de la nueva situación.

—¿Cree usted que...?

—La historia se repite siempre que el hombre quiere. Si ha leído relatos de los años treinta del siglo xx, sabrá que los contrabandistas de alcohol acumularon colosales fortunas. Alguien, diría yo, pretende lo mismo, y usted es una de las personas que, de buena fe, colaboran con otros, cuya falta de escrúpulos resulta evidente.

—Jack, ya no puedo hacer nada.

—Sí, puede hacer algo, muy importante para usted misma.

—Dígame qué es. Si está en mi mano, seguiré sus consejos.

—Dimita —contestó él Crudamente—. No se haga cómplice de unos desaprensivos. Usted es uno de los escudos que ellos utilizan para conseguir sus bastardos fines. Puede que lo consigan, pero al menos su conciencia estará tranquila.

—Yo soy abstemia, Jack —dijo Alison.

—¿En todos los sentidos?

Ella se puso colorada.

—No sé a qué se refiere...

Kyffer contuvo una risita.

—Dispénseme, no quise herirla... pero un vasito de vino, de vez en cuando, sienta maravillosamente. Lo malo es el abuso, y usted, como médico, debiera saberlo mejor que nadie. Pero ya está llegando y será mejor que pospongamos el tema para mejor ocasión. Ahora vamos a ver qué nos cuenta Clemmie Hossen.

—Jack, si no le importa, preferiría ir antes al hotel, para ponerme algo de ropa... femenina.

—Oh, dispense, lo había olvidado. Bueno, la esperaré en el vestíbulo. Creo que le conviene acompañarme, para que oiga usted misma las respuestas de Clemmie.

—Lo encuentro muy acertado —califico la joven.

* * *

Kyffer estaba sentado en un taburete, ante la barra de la cafetería del hotel. Desde la ventana podía contemplar el intenso movimiento de las gentes que iban y venían en todas direcciones.

Súbitamente, un hombre distraído tropezó con una mujer. Ella pareció enfurecerse y le golpeó en la cabeza con su bolso.

El hombre, contra lo esperado, asestó a la mujer un tremendo bofetón, derribándola al suelo. Otro hombre se arrojó contra el primero, reprochándole su falta de caballerosidad, pero éste volvió a golpear y le partió los labios.

El segundo individuo iba acompañado de su esposa, quien enfurecida empezó a patearle las espinillas. La primera mujer se levantó y se unió a la otra.

Otro hombre corrió a separar a los contendientes, pero lo único que consiguió fue que le metieran un pulgar por el ojo izquierdo. Lleno de furor, empezó a dar golpes a diestro y siniestro. Acudió un policía uniformado, para ver de poner orden, pero alguien colocó un pie en su trayecto y el guardia cayó al suelo.

Varios individuos empezaron a patearlo furiosamente. Kyffer contemplaba la escena boquiabierto. Aquello no se había visto jamás en Marte.

De pronto, el policía, todavía en el suelo, consiguió sacar su pistola y disparó varios tiros. Dos hombres cayeron al suelo, aullando y revolcándose como posesos. Entonces una masa enloquecida cayó sobre el agente, y en pocos momentos lo convirtió en una informe masa de carne y huesos machacados.

Aquello pareció serenar en parte los ánimos. Las gentes, como si se sintieran asustadas de lo ocurrido, se dispersaron con rapidez.

En pocos momentos la calle quedó completamente vacía, a excepción de los dos heridos de bala, que se desgañitaban pidiendo socorro. De pronto Kyffer oyó una voz irónica a sus espaldas.

—Bonito espectáculo, ¿eh?

El joven se volvió en el acto. Sendryk, junto al mostrador, le miraba con la sonrisa en los labios.

—Hace tiempo que no nos veíamos, Sendryk —dijo Kyffer.

—He estado por ahí —contestó el sujeto vagamente—. ¿Qué le parece lo que ha ocurrido?

—La gente ha perdido el sentido común. Nunca había pasado nada semejante en Marte.

—Alguno ha bebido demasiado, Jack.

—¿Usted cree? —se sorprendió el joven.

Sendryk hizo un amplio ademán.

—Salta a la vista, me parece.

Kyffer meneó la cabeza, con aire de duda.

—No sé… No se ha visto a ningún ebrio. Además, el tumulto se ha producido en plena calle y no en un lugar donde se sirven bebidas alcohólicas.

—Bueno, basta que haya un borracho que provoque al público para que las personas pierdan el equilibrio.

—Quizá tenga usted razón, Sendryk. Pero insisto, esto no sólo no es frecuente en Marte, sino que yo diría que es la primera vez que sucede.

—Siempre hay una vez, amigo Jack.

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó el joven.

—Empiezan a parecerse demasiado a sus antepasados terrestres y no es bueno. En fin, eso no es cuenta mía.

—Tal vez porque usted no es marciano.

—En efecto, no lo soy...

Sendryk se calló de pronto. El joven le dirigió una mirada inquisitiva, como si esperase la continuación de su respuesta que, sin embargo, no llegó a producirse.

En aquel instante, Kyffer oyó la voz de Alison.

—¡Jack!

El joven se apeó del taburete, a la vez que daba media vuelta. Alison, encantadoramente ataviada con un traje de vivos tonos, perfecta en su figura, se le acercaba sonriendo con cautivadora expresión.

—¿Qué tal me encuentra ahora, Jack? —dijo, iniciando una vuelta completa sobre sí misma, para que él pudiera admirarla a su sabor.

—Deliciosa, encantadora, maravillosa... Todos los adjetivos son pocos, Alison. Vestida de ese modo, no parece una severa doctora en medicina.

—También soy mujer —contestó ella maliciosamente.

—De eso no me cabe la menor duda. Y ahora, si recuerda que le hablé de la posibilidad de supervivencia en el exterior, por el procedimiento del doctor Schalvus, permítame que le presente a quien ha logrado plenamente. Alison, éste es Sendryk...

Ella puso cara de extrañeza.

—¿A quién se refiere, Jack?

Kyffer se desconcertó un instante. Giró la cabeza y, estupefacto, vio que Sendryk había desaparecido.

—¿Dónde se habrá metido este hombre? —masculló. —¿Decía...?

—No, nada, Alison. No se preocupe; ha sido una broma. La joven señaló con aire de reproche la copa que había sobre el mostrador.

—No beba, Jack —dijo.

—Sólo un trago —Kyffer se pasó una mano por la frente—. Será mejor que vayamos a hablar con Clemmie.

—Sí, desde luego. Jack, ha ocurrido algo espantoso...

—He visto todo sin perderme detalle —manifestó él—. Tiene usted razón; ha sido horroroso.

La calle se había vuelto a llenar de gente, que contemplaba las operaciones de los policías y los sanitarios de las ambulancias. Kyffer y Alison salieron de hotel sin ser molestados y se encaminaron sin pérdida de tiempo a la cantina de Clemmie.

Cuando llegaron allí, vieron a una joven que llegaba hecha un mar de lágrimas. Kyffer la conocía de vista, aunque ignoraba su nombre, pero sabía que trabajaba en el local. La chica llegaba de una dirección opuesta y él la paró antes de que entrase por la puerta lateral.

Dada la hora, el local estaba cerrado, por lo que no había notado aún nada extraño. Sin embargo, sabía que se abriría muy pronto. La joven, pensó, vendría a ocupar su puesto y sin duda había sufrido algún contratiempo personal, que le hacía sentirse tan afligida.

Pero la chica sí conocía a Kyffer y, al verle, redobló sus sollozos. El joven la miró extrañado.

—¿Qué le ocurre? ¿Por qué se siente tan afligida?

Ella hizo un esfuerzo por contener el llanto.

—Pero... ¿es que no lo sabe? ¡Clemmie ha sido asesinada, señor Kyffer!

* * *

En la *morgue,* Kyffer, con el ceño contraído, levantó la punta de la sábana que cubría el cuerpo inanimado de Clemmie y contempló unos momentos su rostro horriblemente deformado. Luego dejó caer el paño y apretó los dientes, para no lanzar un aullido de rabia.

Había visto también otras señales en el cuerpo, pero no supo a qué se debían. Durante unos momentos permaneció en la misma posición, rígido, con las mandíbulas juntas y el cuerpo en tensión.

Resultaba evidente que Clemmie había muerto asesinada y en aquellos instantes le habría gustado tener delante al autor del crimen, para destrozarlo con sus propias manos.

Alison estaba un poco más atrás, hablando con un hombre que vestía bata blanca y que en aquellos momentos se estaba poniendo unos guantes de goma. De pronto, la joven se acercó a Kyffer.

—Sal fuera, Jack —dijo—. Lo que va a pasar aquí ahora te resultaría muy desagradable.

Kyffer volvió la cabeza.

—¿Autopsia?

Ella asintió.

—Es necesario —dijo.

—Van a destrozar su cuerpo…

—Lo manda la ley. Vamos, sal y aguárdame afuera —dijo ella con suave firmeza.

—Tú te quedas, supongo.

—Soy médico, Jack.

El forense se acercaba ya, provisto de sierra y escalpelo. Al verle, Kyffer se sintió cobarde y huyó.

Aquel cuerpo espléndido, que había vibrado de pasión en sus brazos, iba a ser abierto y troceado como si fuese el de una res en el matadero. Kyffer no pudo contenerse y cerró los ojos, porque sentía afluir las lágrimas.

Trató de no pensar en nada, de aislarse de cuanto le rodeaba, pero la realidad no podía ser más amarga: Clemmie había muerto y nada de cuanto se hiciera podría volverla a la vida.

Pero en aquellos momentos de amargura se juró a sí mismo no descansar hasta dar con el asesino de Clemmie y conseguir que fuese castigado por su execrable crimen.

CAPÍTULO X

Estaban sentados en el comedor del hotel, pero Kyffer no había probado bocado. La comida estaba intacta en su plato.

Alison le miraba con simpatía, aunque no quería decir nada, esperando que el joven reaccionase por sí mismo. Kyffer tenía también ante sí una botella de vino, pero no había tomado un sorbo.

Pasó un buen rato. Al fin, Kyffer lanzó un hondo suspiro y fijó su vista en el rostro de la joven.

—Ya puedes hablar —dijo.

—Fue golpeada brutalmente y violada repetidas veces —declaró Alison—. Luego, todavía con vida pero desnuda, fue lanzada fuera del vehículo en el que había sido transportada.

—¿Has dicho fuera del vehículo? —preguntó él, con los ojos fuera de las órbitas.

—Así es. Ella quedó a unos trescientos metros del camino, en el fondo de una pequeña vaguada, donde se detuvo el coche en que fue transportada, a fin de evitar miradas comprometedoras. Sin embargo, un prospector de minerales, que pasó por el mismo lugar un par de horas más tarde, encontró el cadáver y avisó a la policía.

—Golpeada, ultrajada y, finalmente, lanzada fuera del automóvil, al exterior marciano...

—Así sucedió, en efecto, Jack.

—Y no hay la menor pista de su asesino.

—La opinión del forense es que por lo menos fueron dos, aunque casi seguro es que intervinieron tres hombres en el crimen. Lo que la policía trata de averiguar son los motivos del hecho, y eso es algo que no se sabe todavía. El forense me ha dicho que nunca, nunca había ocurrido en Marte nada semejante.

—Clemmie tenía que ser la primera —dijo él rabiosamente—. Pero si encuentro a sus asesinos...

Alison pasó una mano por encima de la mesa y la posó sobre el brazo de Kyffer.

—Jack, deja que la justicia se encargue de ellos —rogó.

—Al menos puedo hacer algo por mi cuenta, ¿no?

—Por supuesto, siempre que no te dejes llevar por un arrebato que podría tener malas consecuencias para ti. Sé prudente, te lo suplico.

—Procuraré tenerlo en cuenta. —De pronto, Kyffer se puso en pie—. Lo siento, no puedo estar inactivo. Tengo que hacer algo, compréndelo.

—Jack, ¿estabas enamorado de Clemmie? —preguntó Alison, inesperadamente.

—No —contestó él con franqueza—. Pero era una excelente amiga, buena, generosa, desprendida... Sospecho que ha muerto precisamente por eso y no puedo permanecer mano sobre mano, esperando que un policía venga a decirme algún día que no han encontrado el menor rastro de los asesinos.

—¿Crees que tú lo conseguirás?

—Al menos voy a intentarlo. Siento tener que dejarte, pero tú comprendes mis sentimientos, ¿verdad?

Alison hizo un gesto afirmativo.

—Procura ser moderado —aconsejó.

—Gracias —dijo él. Y ya se volvía, cuando oyó la voz de Alison que le pedía esperase un instante—. ¿Algo más? —inquirió.

—Jack, no sé si podrá servirte de mucho —manifestó la joven —. Quizá no tenga importancia y yo no había recordado este detalle hasta ahora. Había tantas lesiones que una más... En fin, te lo diré, porque sé que eres un hombre fuerte. A Clemmie le faltaba un pendiente; tenía rasgado el lóbulo de la oreja izquierda y había señales de sangre en su cuello y en el hombro. El otro pendiente estaba en su sitio.

—Quizá se lo quitaron para venderlo...

—No lo creo. Eran unos pendientes muy bonitos, pero nada del otro mundo en cuanto a valor económico, Jack.

—Puede resultar un dato importante. Adiós, Alison.

Kyffer se marchó con paso resuelto. Sabía por dónde empezar, para averiguar algunos detalles que estimaba esenciales, y se dirigió por segunda vez en el mismo día al local de Clemmie.

* * *

Estaba cerrado, como era lógico, pero no se arredró y entró por la puerta trasera. Como esperaba, encontró a las chicas reunidas en la sala, silenciosas, melancólicas, llenas de un profundo abatimiento.

Una de ellas, precisamente la que había informado de la muerte de Clemmie, salió a su encuentro al verle llegar.

—¿Desea tomar algo, señor Kyffer? —ofreció, solícita.

—Una copa me sentaría bien, señorita...

—Llámeme Annie, como todo el mundo.

—Yo me llamo Jack, Annie, téngalo en cuenta.

—Sí, señor... Sí, Jack.

Annie pasó al otro lado de la barra y sirvió la copa. Kyffer tomó unos tragos en silencio, mientras ella le contemplaba especulativamente.

Al cabo de un rato Kyffer levantó el rostro.

—Annie, ¿qué pasará ahora con el local? —inquirió.

Ella se encogió de hombros.

—Clemmie tenía parientes en la Tierra, pero no sé si querrán venir a hacerse cargo del negocio. Nosotras hemos estado hablando de constituir una sociedad, para comprar el local a sus herederos y explotarlo de esta manera, pero no sé en qué acabará la cosa… Lo tendremos cerrado hasta después del entierro. Es mañana, a las once.

—Lo sé y pienso asistir a la ceremonia. Annie, ¿qué puede decirme usted sobre los asesinos? ¿Se le ocurre alguna hipótesis?

—No lo sé. Yo he estado pensando mucho y a veces creo que fueron ellos, pero… ¿iban a matarla sólo porque Clemmie se enfadó cuando pidieron leche en lugar de licor?

Las cejas de Kyffer se levantaron en el acto.

—¿Quién pidió leche, Annie?

—Bueno, fueron Queel y Cylander. Yo conocía al segundo, pero no sabía quién era el otro. Clemmie comentó conmigo el incidente más tarde. Estaba muy disgustada, pero el enfado se le pasó al fin y continuó atendiendo a la clientela.

—De modo que Cylander y Queel estuvieron aquí la noche del crimen.

—Sí —confirmó la chica—. A mí me correspondía servirles y me quedé estupefacta cuando me pidieron dos vasos de leche. Se lo dije a Clemmie y ella se los sirvió personalmente. Hubo un intercambio de palabras muy vivo; yo no lo oí, pero ella me lo contó después. Le habían dicho que muy pronto tendría que servir leche a todo el mundo, porque iba a implantarse la ley seca. También le mencionó a usted, porque sabía que ellos le tenían antipatía…

Kyffer movió la cabeza repetidas veces en señal de asentimiento. Las palabras de Annie arrojaban mucha claridad sobre un turbio asunto. Pero aunque Clemmie fuese su amiga; aunque, lógicamente, fuese adversaria de la Prohibición que unos fanáticos querían implantar, ¿eran motivos suficientes para asesinarla?

Sin embargo, había conseguido unos informes que podían resultar muy valiosos. En el asesinato habían intervenido dos hombres por lo menos, tres casi seguro.

Era fácil identificarlos: Queel y sus secuaces Hammer y Ealy.

Entornó los ojos.

—Voy a por vosotros, canallas —murmuró.

—¿Decía, Jack? —preguntó Annie.

Kyffer sacó una moneda y la depositó sobre el mostrador.

Guárdese la vuelta y ojalá prosperen en el negocio —sonrió.

Annie rechazó el dinero.

—Acepto los buenos deseos, pero, al menos en esta ocasión, la casa paga. —Hizo una pausa y añadió—: En honor de Clemmie, Jack.

Kyffer dio un par de palmadas en la mano de la chica y se encaminó hacia la salida. Ahora ya sabía con toda seguridad quiénes eran los asesinos y, bien mirado, los motivos importaban poco.

Pero era preciso probar que habían cometido el crimen y para ello debería encontrar pistas que le permitiesen demostrar los hechos. De pronto recordó algo que le había dicho Alison aquella misma noche y chasqueó los dedos.

—Si consigo encontrarlo… —murmuró mientras echaba a andar con paso resuelto en determinada dirección.

* * *

El coche, cuya matrícula había averiguado mediante discretas investigaciones, se hallaba en el lugar destinado a estacionamiento, junto con muchos otros. La hora era sumamente avanzada, pero Kyffer estaba dispuesto a encontrar a los asesinos cuanto antes y no le importaba perder la noche entera si era preciso, con tal de conseguir sus propósitos.

Todos los coches tenían un mecanismo de apertura idéntico. Salvo raras excepciones, la compuerta exterior no se cerraba con llave. Aquel coche pertenecía a Ross Queel y había estado cerca de su granja en una ocasión.

Era de suponer que los asesinos hubieran limpiado el interior, a fin de borrar las huellas de su crimen. Pero también cabía la posibilidad de que hubieran actuado con alguna negligencia, dado que no esperaba se sospechase de ellos. Como fuera, estaba determinado a conseguir su objetivo y no cejaría hasta llegar al final.

Entró en el coche y encendió las luces. Inmediatamente se aplicó a la tarea, aunque media hora más tarde, descorazonado, reconoció que los asesinos habían hecho una limpieza completa. No se podría probar nunca que Clemmie había sido transportada en aquel vehículo hasta unos sesenta kilómetros fuera de la ciudad cupular y asesinada en un paraje completamente desierto.

Al fin decidió marcharse. Pero una vez más le vino a la memoria el detalle de la oreja rasgada. Entonces pensó que si habían abusado de Clemmie ello habría sucedido en el compartimiento posterior.

—En las literas —murmuró.

Ya había estado allí, sin encontrar nada, pero decidió realizar un último esfuerzo. Poniéndose en cuclillas, empezó a pasar las manos por el suelo. Trató de imaginarse la escena, a fin de calcular la posición de Clemmie y dirigió sus pesquisas hacia aquel lugar.

De pronto encontró lo que buscaba.

Resultaba invisible incluso a poca distancia, ya que estaba al otro lado de la pata exterior delantera de la litera inferior. Con dos dedos sacó el pendiente y lo contempló durante unos segundos, enormemente satisfecho de haber conseguido su objetivo.

Ya se podría probar la culpabilidad de Queel. Aunque éste negase su participación en los hechos, su relación con Hammer y Ealy era sobradamente conocida para que no se viese puesto en un serio compromiso. Pero era preciso que fuese la policía quien encontrase aquella prueba, por lo que decidió dejar el pendiente en el mismo sitio.

El informe del forense era contundente. A Clemmie le faltaba un pendiente y tenía la oreja rasgada. Aquel descuido les iba a costar muy caro, pensó, enormemente satisfecho.

El pendiente volvió a su sitio. Entonces, u súbito, Kyffer presintió que no se hallaba solo.

Fue un oscuro instinto el que le hizo ponerse en pie y girar en

redondo, en el mismo instante en que alguien cargaba sobre él, a la vez que profería un rugido semejante al de una bestia enfurecida.

* * *

En la fracción de segundo que transcurrió desde su incorporación hasta que se aprestó a rechazar el ataque, Kyffer tuvo tiempo de reconocer a su adversario y de pensar que alguien se había percatado del detalle del pendiente extraviado. De otro modo, no se comprendía la presencia de Hammer en el vehículo.

El sujeto no fiaba esta vez de su sola fuerza física y enarbolaba una llave inglesa de enormes dimensiones. Kyffer apenas si tuvo tiempo de alzar las dos manos —con una no habría sido suficiente— para detener el golpe devastador que podía haber acabado con su vida instantáneamente.

Pero Hammer tenía una mano libre, la izquierda, y le golpeó sañudamente en el hombro derecho. Luego aquel colosal puño buscó su rostro.

Kyffer ladeó la cabeza. El puño rozó su oreja, causándole un dolor vivísimo, aunque afortunadamente pudo resistirlo. Pero no se atrevía a dejar libre la mano derecha, temiendo ser derrotado por el forzudo.

Tenía que hacer algo más que resistir. Levantó bruscamente la rodilla y golpeó con terrible violencia una zona particularmente sensible de su enemigo. Hammer lanzó un atroz rugido y aflojó algo su potencia muscular.

Kyffer repitió el golpe. Hammer soltó la llave inglesa y se curvó hacia adelante. El joven lo agarró por los cabellos y le golpeó en el rostro.

Hammer retrocedió. Kyffer quiso agarrarle de nuevo, pero lo único que consiguió fue asir la mascarilla de oxígeno, cuyos tirantes resultaron arrancados cuando su dueño retrocedió violentamente.

Kyffer insistió. Quería doblegar a su adversario y conseguir su confesión. Tomó impulso y disparó de nuevo el puño derecho.

Hammer retrocedió con indescriptible violencia. Entonces el joven se dio cuenta de que la compuerta interior estaba abierta.

En un instante comprendió lo ocurrido. Hammer había llegado silenciosamente y, a fin de ganar tiempo una vez restablecida la presión en la esclusa, había pasado al interior del automóvil, sin molestarse en cerrar la compuerta interna. El forzudo atravesó aquel espacio y su espalda chocó con el mecanismo de apertura.

La compuerta exterior se deslizó rápidamente a un lado. El aire contenido en el vehículo escapó en un instante, con un oscuro rugido, vaporizándose instantáneamente al contacto con la gélida y tenue atmósfera marciana.

Kyffer echó mano inmediatamente de su propia mascarilla y se la aplicó al rostro, mientras sentía que el frío exterior penetraba en el vehículo. Hammar, caído en el suelo, perneaba débilmente.

El joven se dijo que no debía permitir que muriese. Aunque había cometido un crimen atroz, debía purgar su delito de acuerdo con la ley. Pero cuando recogió la mascarilla de Hammer, apreció en ella destrozos irreparables.

En el automóvil había un compartimiento con aparatos respiratorios de repuesto. La puerta, sin embargo, estaba cerrada con llave. Intentó abrir, pero todos sus esfuerzos resultaron inútiles.

De pronto divisó una figura arrodillada junto al caído. Con enorme sorpresa reconoció a Alison, quien trataba de reanimar a Hammer.

—¡Trae una mascarilla, pronto! —gritó la joven.

—¡No hay! ¡Están cerradas con llave!

Kyffer saltó fuera. Pese a la escasa densidad de la atmósfera se podía conversar a gritos, aunque no resultaba conveniente hablar durante mucho rato. Bruscamente, Alison hizo un gesto de resignación.

—Ya no se puede hacer nada por él —dijo.

Kyffer se puso los guantes térmicos del traje, para evitar que se le congelaran las manos.

—Lo siento. El me atacó; quería matarme y yo me defendí...

¿Por qué demonios has venido, Alison?

—Me desperté y quise ver si habías regresado al hotel. Al comprobar que tú no estabas, traté de deducir dónde podías haber ido. En fin, el único coche con luz es éste precisamente, Jack.

—No me gusta lo que ha ocurrido, pero tenía que defender mi vida —alegó él malhumoradamente—. Si no ando listo, ese bruto me abre la cabeza con una llave inglesa.

—Será preciso avisar a la policía —dijo ella.

—De acuerdo.

—Lástima —sonó de pronto una voz a pocos pasos de distancia —. Ese desgraciado podría estar vivo aún, si hubiese aprendido a vivir en la superficie de Marte mediante el procedimiento del doctor Schalvus.

Asombrados, Kyffer y la joven se volvieron en el acto. Apoyado negligentemente en uno de los vehículos cercanos, Sendryk les contemplaba con la sonrisa en los labios.

Era una sonrisa de burlona superioridad, pero en aquella expresión Kyffer adivinó que había algo más, algo que no sabía qué era, pero que le hizo sentirse presa de un extraño temor.

Aunque parecía amistoso y cordial, Sendryk le daba miedo.

CAPÍTULO XI

Kyffer reaccionó al cabo de unos segundos y dio un paso hacia adelante.

—Sendryk, ¿quién es usted? ¿Qué hace aquí? —preguntó.

—Nada de particular; estaba dándome un paseo cuando vi luz y me acerqué a ver lo que sucedía. Jack, le acompaña una joven que, aun con mascarilla, me parece encantadora. ¿Quiere presentármela?

El joven hizo un gesto de desagrado.

—Alison, éste es Sendryk. Sendryk, la doctora Ward.

—¿Cómo está usted, señor Sendryk? —saludó Alison.

—Use mi nombre simplemente —rió el sujeto—. Odio los tratamientos ceremoniosos, doctora. ¿Puedo llamarla Alison?

—Gracias —contestó ella—. Oiga, Jack me ha hablado de usted en más de una ocasión. Ahora veo que no fantaseaba; usted está en el ambiente exterior, respirando normalmente...

—Gracias al método del doctor Schalvus, por supuesto.

—Nunca he oído hablar de él. ¿Dónde está? Me gustaría saber cómo ha conseguido que las personas puedan respirar normalmente en la atmósfera marciana.

—Así que le gustaría conseguir lo mismo que yo he conseguido.

—No estoy segura, aunque sí desearía conocer el procedimiento —dijo Alison.

—No se puede conocer el método sin estudiarlo, para aplicar sus efectos en uno mismo —manifestó Sendryk.

—De modo que uno tiene que transformarse o permanecer en la ignorancia, ¿eh? —terció Kyffer con cáustico acento.

—La expresión es incorrecta, aunque exacta —corroboró el sujeto.

—En tal caso —dijo Alison—, usted no querrá decirnos dónde tiene Schalvus su clínica o como se llame el lugar donde realiza sus trabajos.

—Me temo que no, Alison, a menos que esté decidida a pasar una temporada allí, para someterse a sus métodos. Pero eso necesitaría también un período de adaptación psíquica y sería preciso realizar un estudio a fondo, previamente, del paciente, usted en este caso.

—Bueno, en tal caso dígame qué he de hacer y veré si me conviene —respondió ella.

Sendryk sonrió de una manera extraña.

—Ese pobre desgraciado... —señaló a Hammer, evadiendo así dar una respuesta concreta.

—Lo hice yo, pero no tenía intención de matarlo —dijo Kyffer—. El sí trató de asesinarme y pienso llamar a la policía, para explicar lo ocurrido.

—Quizá la policía viene ya —exclamó Sendryk—. Por allí.

La mano de Sendryk señalaba un punto situado a espaldas de la pareja. Kyffer y Alison se volvieron al mismo tiempo, pero no vieron los destellos típicos de un coche policial.

Kyffer giró de nuevo para enfrentarse con aquel singular individuo.

—Oiga, Sendryk...

Bruscamente se calló, desconcertado y estupefacto al mismo tiempo.

Alison también se sintió sorprendida.

—¿Dónde está ese hombre? —exclamó.

Sendryk había desaparecido instantáneamente. A pesar del horrible frío ambiental, Kyffer sintió un extraño calor en el cuerpo.

—Sendryk me da miedo y no sé por qué —dijo al cabo de unos segundos—. Creo que tiene unos poderes especiales, pero si me preguntas qué clase de poderes, no podría darte una respuesta.

* * *

Horas más tarde, después de descansar en el hotel, Kyffer se frotó la mandíbula mientras almorzaban en el comedor del hotel.

Hacía poco que habían regresado del cementerio, tras la fúnebre ceremonia de dar tierra a Clemmie Hossen. EÍ cementerio se hallaba emplazado fuera de la ciudad, en el ambiente exterior, y los asistentes tenían que ir equipados de forma adecuada.

Kyffer pensó tristemente en Clemmie. Su cuerpo, en aquellos parajes, se conservaría indefinidamente. Pero sólo sería ya una figura sin alma. Su espíritu había huido muy lejos,- al infinito.

Las chicas asistieron también. Luego la pequeña multitud se disolvió y cada cual volvió a sus ocupaciones. Kyffer y Alison volvieron al hotel y se sentaron a almorzar.

Al joven le preocupaba casi más Sendryk que los otros. Había pensado mucho en el sujeto y había llegado a una conclusión que le daba escalofríos.

—Ha sido él, no puede ser otro —dijo, como si hablase consigo mismo.

—¿A quién te refieres, Jack? —preguntó Alison.

—Hablo de Sendryk, naturalmente.

—Lo encuentras extraño, ¿verdad?

—¿Y tú?

Ella dejó un instante el tenedor sobre el plato.

—No sé qué decirte. En ocasiones me parece una persona normal. Claro que no se puede decir que lo haya tratado demasiado... Pero el instinto y no precisamente el instinto femenino, me dice que Sendryk es algo más de lo que aparenta. Tú dijiste que tiene poderes especiales, incomprensibles tal vez para un ser corriente y normal, como nosotros, y puede que tengas razón. Pero yo me pregunto si será terrestre.

—Ha podido nacer en Marte, Alison.

La joven hizo un gesto negativo.

—Nosotros, a fin de cuentas, somos terrestres, aunque muchos hayan nacido aquí y sean marcianos de tercera o cuarta generación. No, Jack; yo quería decir que Sendryk no ha nacido en el sistema solar.

.Kyffer se puso rígido.

—¡Un extra terrestre! ¡Imposible! —exclamó.

Alison levantó una mano.

—Espera —murmuró—. No te lo he querido decir hasta ahora, porque a mí misma me parecían rumores absurdos y disparatados, pero creo que encierran una gran parte de verosimilitud.

—¿Quieres decir que hay... extraterrestres en nuestro sistema?

—Eso es lo que se decía en lo que suele denominarse altas esferas, y siempre de forma muy reservada y sin dar más detalles. Por mi parte, no puedo añadir más, salvo que ahora sí empiezo a creer en la veracidad de la noticia.

Kyffer volvió a acariciarse el mentón.

—Si eso fuese cierto, ¿a qué habría venido Sendryk?

—No lo sabemos, Jack —contestó la joven.

—Pero hay aún otra pregunta tan interesante o más. ¿De dónde vino?

Alison levantó la vista hacia lo alto de la cúpula, al otro lado de la cual se divisaban las estrellas en el negro firmamento.

—Ha venido del infinito —murmuró.

Kyffer pensó que aquella noticia superaba en importancia a cuantas se habían producido hasta entonces. Los proyectos de Cylander, los crímenes de Queel y sus compinches... eran una minucia comparada con lo que significaba la presencia de Sendryk en el sistema solar.

Y era muy posible que fuese cierto que gozaba de poderes especiales, porque ahora empezaba a encadenar ciertos hechos y se daba cuenta de que Sendryk había estado presente cada vez que se

había producido un incidente de importancia.

El encuentro por primera vez en el desierto, los tumultos, la muerte de Clemmie y la de Hammer... Sendryk había aparecido en todas las ocasiones, sin olvidar la fingida pelea de Hammer y Ealy...

Alison le contemplaba atentamente, dándose cuenta de que el joven estaba concentrado en sus reflexiones. Debía ser paciente, se dijo, y aguardar a que fuese Kyffer el primero en romper el silencio.

De pronto un hombre se acercó a la mesa ocupada por los dos jóvenes.

—¿Señor Kyffer?

—Si —contestó el aludido, volviéndose hacia el recién llegado, cuyo uniforme delataba pertenecía a la policía de Terraport.

—Perdone que le interrumpa, señor. Soy el sargento Stone, perteneciente a la seguridad personal del gobernador. El señor Donneugh le envía sus saludos y le ruega vaya a verle a su despacho inmediatamente.

Kyffer se volvió hacia la joven.

—Tendré que dejarte sola —sonrió.

—No te preocupes, Jack —contestó ella—. Nos veremos a la hora de la cena, supongo.

—Desde luego.

Kyffer se puso en pie y echó a andar junto al sargento, preguntándose qué urgencias sentía su amigo para querer verla sin pérdida de tiempo.

* * *

—Jack, le presento a Stuart Ballybragh, delegado especial del gobierno —dijo Donneugh, apenas el joven hubo cruzado el umbral de su despacho—. Stuart, éste es Jack Kyffer.

Los dos hombres se estrecharon las manos. Ballybragh

aparentaba unos cuarenta años y era bajo y fornido, con rostro de perro de presa y mirada metálica.

—Jack, permita que le llame así, el gobernador me ha hablado mucho de usted, por lo que voy a atreverme a pedirle ayuda. Pero antes, ¿querrá escuchar algo de suma importancia?

—Desde luego --accedió el joven—. Empiece cuando guste, Stuart.

—Gracias. Escúcheme...

Ballybragh habló durante casi un cuarto de hora, sin detenerse un solo instante para tomar aliento. Al terminar, contempló la cara del joven con cierta ansiedad.

Kyffer no dijo nada por el momento. Sumido en sus propios pensamientos, dio unos cuantos paseos por la estancia, sin que los otros dos se atreviesen a interrumpir sus reflexiones. De repente se detuvo y fijó la mirada en Ballybragh.

—Sí, es cierto —exclamó—. Sendryk es extraterrestre, no me cabe la menor duda. ¿Cómo podría ignorar, si no, qué es el vino? Se lo tuve que explicar en una ocasión, pero eso es ahora lo de menos. Usted quiere que yo le ayude a encontrarlo, para...

—Capturarlo e interrogarlo, si se puede. En caso contrario debe ser destruido, porque no me atrevo a pronunciar otra palabra que califique lo que se debe hacer con ese individuo —respondió Ballybragh—. Lo malo es que, como le he dicho antes, ignoramos dónde se esconde, dónde tiene su base, si es que tiene algo parecido... ¿Se le ocurre a usted alguna idea, Jack?

Kyffer volvió a reflexionar. Si Sendryk no se hallaba en Terraport en aquellos momentos, ¿dónde podía estar?

De pronto creyó tener la solución.

—Me parece que sé dónde encontrarle —dijo—. Pero me gustaría contar con la doctora Ward.

—¿Por qué? —se extrañó el gobernador.

—Ella vino aquí con una misión. Deseo que se convenza de que es algo absurdo y sin fundamento, ideado por sus enemigos políticos. Yo no haría nada, si su dimisión se debiera a motivos deshonrosos y

no a algo voluntario o que cesara en el cargo porque otro hubiera conseguido más votos, pero en estas circunstancias, quiero *que ella vea por sí misma el estado de la cuestión.

—De acuerdo —accedió Donneugh—. ¿Algún inconveniente, Stuart?

—Ninguno —contestó el interpelado.

Kyffer se acercó al videófono.

—La llamaré desde aquí, para que esté preparada —manifestó. Pidió comunicación con el hotel y, cuando la tuvo, solicitó le pusieran en contacto con la joven.

—Lo siento —contestó alguien—. La doctora Ward ha salido.

Kyffer respingó.

—Dijo que me aguardaría aquí...

—Lo siento, señor. Vino un hombre a buscarla y se fue con él.

El joven se puso rígido.

—¿Quién era? —preguntó.

—Dijo llamarse Sendryk, señor, pero no sé nada más.

—¿Y ella se marchó voluntariamente con ese individuo? —rugió Kyffer.

—Si, señor. Es más, estaba en su habitación y, en cuanto le anuncié que el señor Sendryk quería verla, bajó como una exhalación. Inmediatamente se marcharon y...

Kyffer cortó la comunicación y se volvió hacia los otros dos.

—Ya no cabe la menor duda: la doctora Ward ha sido secuestrada.

CAPÍTULO XII

—¿Cómo sabe que la base, o lo que sea, de Sendryk, tiene que encontrarse por estos parajes? —preguntó Ballybragh.

Kyffer, ceñudo, hizo un gesto afirmativo, mientras controlaba los mandos del aeromóvil prestado por el gobernador. El aparato volaba a ras de suelo y el detector de obstáculos le hacía elevarse automáticamente, apenas percibía la presencia de una irregularidad del terreno. La trayectoria del aero-móvil seguía sensiblemente paralela a la carretera que conducía a su granja, porque Kyffer sabía que era la única forma de conseguir su objetivo.

—Es muy sencillo. La grabadora de rutas de mi automóvil registra todas las paradas. He examinado la que corresponde al primer encuentro con Sendryk y sé exactamente el punto en que se produjo. A partir de ese sitio, seguiremos a pie.

—Puede estar muy lejos —objetó Ballybragh.

—No lo creo. El vino a pie, lo que me hace suponer que su base está a una distancia relativamente corta del camino. Es más, sospecho que la tendrá invisibilizada, o ya habría sido avistada por el piloto de algún aeromóvil.

—Sí, es muy posible, Jack. Cuando regrese informaré al gobierno de la Tierra de la valiosa ayuda que usted me ha prestado.

—Gracias. Lo único que quiero es que se olviden de la Prohibición.

—Después de esto, si eliminamos a Sendryk, se olvidarán de la ley seca —rió Ballybragh—. Es más: considero posible que algún ministro agarre una buena borrachera para celebrar el suceso.

Los ojos de Kyffer se entornaron.

—Si todo lo que me ha dicho es cierto, tengo una cuenta personal con él —dijo, pensando en Clemmie Hossen.

De pronto, lanzó una exclamación:

—Ah, ya estamos llegando. Stuart, prepárese para salir.

El aeromóvil se posó en el suelo al cabo de unos segundos. Tras equiparse adecuadamente, Kyffer se colgó del hombro una bolsa, con algunos elementos que juzgó indispensables para la tarea que pensaba llevar a cabo. Abrió sucesivamente las dos compuertas y saltó al suelo.

—Sígame, Stuart.

Ballybragh se emparejó con el joven, quien caminaba con paso firme, sobre una superficie árida, desnuda, terriblemente inhóspita. En los dos primeros kilómetros el suelo era relativamente llano. Luego se hizo más accidentado, con algunas cortaduras y vaguadas que no contribuían precisamente a facilitar la marcha.

Kyffer, sin embargo, confiaba en que el escondite de Sendryk no podía hallarse muy lejos. De pronto, al remontar una pequeña loma, vio algo que le hizo tenderse inmediatamente.

—Venga, Stuart —llamó en voz baja—. Ya hemos dado con la guarida del extraterrestre.

Ballybragh se arrastró unos metros. Con ojos llenos de pasmo, contempló la cúpula que estaba situada en el fondo de un angosto cráter, y en cuyo interior se veían moverse algunas figuras.

El hombre del gobierno sacó unos prismáticos y examinó la cúpula durante unos instantes. Luego dijo:

—Confirmado: Sendryk está allí. Y también la doctora Ward, aunque tengo la impresión de que no lo está pasando demasiado bien.

* * *

Sujeta por unas fuertes correas a una mesa de operaciones,

cubierta solamente por el sostén y unos breves pantaloncitos de encaje, Alison contemplaba las manipulaciones del hombre que la habla secuestrado. Tres más estaban allí, en calidad de espectadores y no menos intrigados que la joven, aunque sin las preocupaciones que ella sentía, lógicamente.

—Eso que usted pretende no puede ser, Sendryk. Ambos pertenecemos a dos razas diametralmente distintas...

—Doctora, para los seres del mundo de que procedo no hay nada imposible —contestó el interpelado—. Su figura externa no cambiará en absoluto, pero podrá ser mi esposa... y madre de mis hijos. Y éstos nacerán con las facultades que yo poseo y que voy a transferirle a usted, tras la operación quirúrgica que voy a iniciar dentro de unos momentos. Cuando despierte de la anestesia, seguirá siendo la misma externamente, pero será otra mujer, infinitamente más poderosa, con facultades para trasladarse instantáneamente a cualquier punto de la superficie de Marte... o de la Tierra, si está allí.

—¿Y nosotros? —preguntó Cylander.

Sendryk se volvió hacia el sujeto.

—Ustedes tendrán lo que desean. ¿O no he influido en su ministro? Estuve en la Tierra una temporada y conseguí que hiciera lo que yo quería. Será gobernador de Terraport. podrá mandar en todos, conseguir dinero, honores... todo lo que ambicione, incluso llegar a presidente de la Tierra si lo desea. ¿Es que no ha visto la clase de poderes de que dispongo? ¿Quién se cree que organizó los tumultos que han tenido lugar en Terraport, sino yo, influyendo en la mente de las personas? Pero basta de charlas: necesito que me ayuden y ríe de darles las instrucciones precisas para que no me fallen en el momento menos oportuno.

—Sendryk, pueden vernos desde el exterior...

—Nadie sabe que estamos aquí y la cúpula no puede ser detectada ni avistada desde el aire. Sólo se puede ver a ojo desnudo y eso, repito, si se conociera su emplazamiento —contestó el aludido con acento rebosante de orgullo.

Se volvió hacia la joven y sonrió.

—Disculpe, doctora — añadió—. Olvidé decirle que yo soy el doctor Schalvus.

—Y quiere que pueda respirar en el exterior.

—La madre de mis hijos, de la nueva raza, debe tener las mismas cualidades que su esposo —contestó Sendryk enfáticamente.

—Yo no quiero casarme con usted.

—Cuando haya terminado será su más ardiente deseo, doctora.

—¡No, nunca! Yo no...

Sendryk se echó a reír.

—Antes de veinticuatro horas dirá exactamente lo contrario. Y créame, después podrá influir en la mente de cualquier persona y conseguir que haga todo lo que usted quiera.

Alison apretó los dientes, dispuesta a no dejarse llevar por el pánico. Pensó en Kyffer y se sintió muy desanimada, porque estaba segura de que el joven no podría hacer nada por ella, ya que ignoraba el lugar en que se encontraba.

—Y si no —dijo Sendryk—, ¿por qué se cree que evité que ciertos tipos, uno de los cuales está aquí presente con nosotros, cometieran con usted cierta acción salvaje, cuando la atacaron en el vehículo con el que regresaba a Terraport?

—¡Fue usted! —exclamó Alison.

—Sí, pero los necesitaba y... Bien, basta de charla. Es hora de empezar a trabajar —cortó Sendryk.

Alison vio que se le acercaba con una mascarilla, sin duda para proceder a la anestesia, y cerró los ojos. No podía hacer nada; tenía que resignarse a su suerte.

Sin embargo, volvió a pensar en el joven. «Jack, Jack, ¿dónde estás?», llamó silenciosamente.

* * *

Desde muy corta distancia, Kyffer y Ballybragh veían todo lo que estaba sucediendo en la cúpula, aunque lógicamente no podían oír lo

que se hablaba en el interior del recinto. Kyffer comprendió que había llegado el momento de pasar a la acción.

—No debemos andarnos en consideraciones, Stuart —dijo—. Sólo hay una forma de rescatar a la doctora. Tenemos que reventar la cúpula.

—Sí —convino el hombre del gobierno—. Es lo único que podemos hacer, aunque mucho me temo que el extraterrestre pueda escapar...

—Quizá no, si da resultado algo que he pensado mientras veníamos hacia aquí. Stuart, vamos a elaborar el plan de ataque. ¿Le parece bien?

—De acuerdo. Empiece, Jack.

Kyffer habló durante unos momentos. Luego sacó algo de la bolsa que había llevado consigo y se lo entregó al agente, junto con la misma bolsa.

—Yo me ocuparé de Sendryk. No haga caso de los otros, se sentirán tan aturdidos que no tendrán tiempo de reaccionar.

—Perfectamente. ¿Vamos ya?

El joven asintió. Arrastrándose por el suelo, procuró llegar a la base de la cúpula por el lado opuesto al que se encontraban sus ocupantes. Ballybragh le seguía, dispuesto a intervenir en el momento apropiado.

Apenas un minuto más tarde, Ballybragh se arrodilló en el suelo y empezó a cortar la cúpula con una diminuta sierra eléctrica, circular, que le había proporcionado el joven. El aparato estaba movido por una potente pila y cortaba el plástico como si fuese mantequilla.

En menos de diez segundos practicó una abertura de más de dos metros de longitud, en sentido vertical. El aire contenido bajo la cúpula escapó con un violento rugido.

Kyffer se precipitó en el interior segundos después. Cylander y los otros se debatían convulsivamente, echando de menos el aire que prácticamente ya no quedaba en el interior.

Sendryk, sobresaltado, se volvió y tiró la mascarilla anestésica.

Ballybragh saltó hacia la mesa de operaciones y aplicó una mascarilla de oxígeno al rostro de Alison. Luego vio unas chaquetas colgadas en alguna parte y se apresuró a cubrir la semidesnudez de la joven, no tanto por pudor como para evitarle las consecuencias de la bajísima temperatura que se había producido poco menos que instantáneamente.

Durante unos segundos, Sendryk y el joven se contemplaron recíprocamente. Luego Sendryk meneó la cabeza.

—No le consideré nunca enemigo peligroso —dijo con acento lleno de pesar.

—En el sistema solar —contestó Kyffer, recalcando mucho las palabras— decimos que no hay enemigo pequeño.

—Sí, he podido comprobarlo. Pero yo soy todavía muy fuerte...

—Sabemos ya quién es usted y cuáles son sus proyectos. No lo conseguirá, Sendryk.

El extraterrestre sonrió desdeñosamente.

—Pertenezco a una raza superior, con poderes que usted no puede imaginarse siquiera. No he fracasado —dijo, señalando a los ya inmóviles cuerpos de Cylander y sus secuaces—, ¡sólo se retrasa un poco mi éxito!

—Ha fracasado —insistió el joven—. Y se lo voy a pro bar ahora mismo.

—Sabe que puedo trasladarme instantáneamente adonde desee...

—¡ En esta ocasión, no!

Súbitamente, Kyffer sacó un frasco que había tenido hasta entonces escondido tras su cuerpo y arrojó su contenido al rostro del sujeto.

Sendryk se llevó las manos a la cara, a la vez que exclamaba un alarido que ensordeció a todos los presentes. Era el aullido de un ser que no había nacido en la Tierra, herido por una fuerza desconocida para él y de la que adivinaba contenía el germen de su destrucción.

Sendryk permaneció unos instantes en la misma postura, con las manos sobre el rostro. Luego, sin dejar de proferir horripilantes

aullidos, echó a correr y atravesó la cúpula por la grieta, como una exhalación.

Corría con indescriptible velocidad. Kyffer comprendió que quería desplazarse instantáneamente, pero que ya le resultaba imposible. La figura del extraterrestre se empequeñeció, pero de súbito, ocurrió algo espantoso.

El cuerpo de Sendryk se transformó en un relámpago cegador, que durante unos segundos, emitió una luz deslumbradora. Se oyó un terrible chasquido, muy seco, y luego volvió la penumbra.

Kyffer parpadeó, asombrado. Movido por la curiosidad, y sabiendo que Alison estaba a salvo, se acercó al lugar donde se había producido la explosión.

Todo lo que pudo encontrar fue un círculo ennegrecido, en el que brillaban algunas partículas de material que tardó unos momentos en identificar. Cuando volvió a la cúpula Ballybragh se encargaba ya de reparar la grieta, enseñó aquellas cosas a la joven.

—El calor desprendido de su cuerpo vitrificó algunas partes del suelo —dijo.

* * *

—Creo que fui una tonta —dijo Alison al día siguiente, ya en la tranquilidad del hotel—. Nunca debí fiarme de Sendryk...

Kyffer se echó a reír.

—Se había enamorado de ti, lo cual demuestra que eres muy guapa —dijo. Ella se ruborizó.

—Por favor, no hables de esas cosas —rogó.

—Alison, los problemas, o al menos cierta clase de problemas, han terminado ya. Es posible que jamás sepamos de dónde vino Sendryk; tú lo dijiste en cierta ocasión y él lo repitió: venía del infinito. Pero eso importa poco ahora. Sendryk llegó con la intención de conquistarlo todo y de poner el sistema solar a sus pies. ¿Venía solo? ¿Era la avanzada de la raza superior que mencionó? Da lo

mismo, quizá no lo sepamos nunca y tampoco nos interesa. Pero debemos estar preparados para la llegada de otros extraterrestres y darles la bienvenida, si sus intenciones son honestas y amistosas. A fin de cuentas, no debemos olvidar que estamos en el 2355 y que ya es hora de que empecemos a tener contactos con otros seres nacidos en distintos puntos de la Galaxia. Pero nunca, nunca, permitiremos que nos esclavicen... ni nosotros haremos lo mismo, caso de que seamos los primeros en viajar algún día a las estrellas.

»Sendryk llegó primero a la Tierra e influyó en algunas personalidades. Luego se trasladó a Marte, porque sabía que su conquista le resultaría más fácil. Pero aparte de que necesitaba ciertos colaboradores —Cylander, Queel y los demás—, también necesitaba otra clase de colaboración, la que tú podías darle... convirtiéndote en su esposa, para perpetuar su raza.

—Hubiera sido algo forzado, ¿no crees?

—Pero podría haber tenido incalculables consecuencias para nuestro futuro, no el inmediato, sino el que llegará dentro de algunos cientos de años. Afortunadamente, ese peligro ha sido conjurado y ya no debemos sentir temor alguno.

—Sendryk se aprovechó de ciertas circunstancias que debían facilitar su labor, como la enemistad de Cylander y Donneugh, ¿no fue así?

—En efecto. Aunque quizá fue él quien provocó todo, pero, insisto, debemos dejar de lado ese problema, ya resuelto. Ahora tenemos que resolver otro más importante.

Alison enarcó las cejas.

—¿Qué problema, Jack?

—Alison, tú has estado demasiado ocupada con tu trabajo para sentir la menor preocupación por otra persona de distinto sexo. El doctor Pbast lo dijo bien claramente cuando te atendió.

La joven volvió a ponerse colorada.

—No es ninguna deshonra, supongo.

—No, pero ya es hora...

—Aguarda un momento —pidió la joven—. Todavía no me has

dicho qué le pasó a Sendryk. ¿Qué le impidió utilizar sus portentosas facultades de traslación instantánea?

—Pues... sencillamente el alcohol. Puro en este caso. Alison. Se me ocurrió pensar en ello cuando recordé que no sabía qué era el vino. Aunque, la verdad, no esperaba una cosa como la que sucedió. Pero sí sabía que si le arrojaba un chorro de alcohol a los ojos, su atención se concentraría in mediatamente en el escozor que sentiría, perdería la concentración y dejaría de pensar en otras cosas.

—Por lo visto, resultó un arma mucho más poderosa de lo que imaginabas —dijo ella.

—Así fue, en efecto. Y ahora, como decía antes, ya ha llegado el momento de preocuparte un poco por ti misma y por algunos de los que te rodean.

—¿Quiénes, Jack?

—Yo, por ejemplo. Y no necesitaré que te sometas a ninguna operación quirúrgica. Sólo te haré una pregunta, aun

que antes te diré cuál será tu porvenir, si te decides a contestar afirmativamente. Tengo una granja, como sabes; cultivo de todo y pienso plantar olivos cuando construya la quinta cúpula. Un día tendré animales domésticos y... Ah, también plantaré flores, para que el lugar no parezca tan árido. Tú eres médico y podrás atender a la gente de las granjas vecinas...

—Jack —dijo ella, impaciente—. ¿Cuál es la pregunta? —¿Quieres casarte conmigo?

Alison guardó silencio unos instantes, pero en la luz de sus pupilas Kyffer adivinó que la respuesta iba a ser afirmativa.

Acercándose a la joven, la abrazó y Alison pareció sentirse muy contenta.

—Nuestros hijos no vendrán del infinito, sino de Marte —dijo el joven con cálido acento, lleno de confianza en el futuro.

FIN